

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

bajo siete llaves

clark
carrados





SS **SERVICIO SECRETO**



CLARK CARRADOS

BAJO SIETE LLAVES

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.147

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

Depósito legal: B. 20.763 -1972
Impreso en España - Printed in Spain
1.^a edición: julio, 1972

© CLARK CARRADOS - 1972
texto

© ENRIQUE MARTÍN - 1972
cubierta

Concedidos
derechos
exclusivos a favor
de EDITORIAL
BRUGUERA, S.
A. Mora la Nueva,
2. Barcelona
(España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial**
Bruguera, S. A. Mora la Nueva, 2 - Barcelona
– 1972

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.246. —Barro rojo, barro de sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.141. —La dinamita que hizo pfff...

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

979. —Emboscada mortal.

En Colección CALIFORNIA:

812. —Abogado de revólver.

En Colección COLORADO:

756. —La paz del revólver.

En Colección KANSAS:

717. —Tumba para un hombre malo.

En Colección BRAVO OESTE:

526. —Bancarrota a tiros.

En Colección PUNTO ROJO:

519. —El ojo de la cerradura.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818. —El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635. —Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

79. —Matar como el rayo.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

14. —La muerte juega al escondite.

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre, vestido con elegante descuido, disfrutaba de la excelente temperatura y de las magníficas vistas que se podían contemplar desde el hotel en que se encontraba, un lugar privilegiado de la montaña. Hallábase en una terraza —cada *suite* o habitación disponía de su terraza particular—, muy bien adornada con un pequeño jardín, en el que abundaban las rosas y las begonias.

La altitud del hotel sobre el mar era de unos doscientos cincuenta metros y la distancia algo mayor de un kilómetro. Una carretera estrecha, aunque bien pavimentada, serpenteaba por la falda de la montaña, cubierta de abundante arbolado, pinos sobre todo, y conducía a la parte más baja, donde se veían las playas atestadas de bañistas.

El cielo estaba completamente despejado. El mar era un estallido de azul, surcado por las estelas de las motoras y las velas de los balandros. Sentado cómodamente en una tumbona, Louis Beyle disfrutaba de la vida.

Unas gafas oscuras atenuaban para sus ojos el fuerte resplandor del sol mediterráneo. Al alcance de la mano, Beyle tenía un vaso con refresco.

Beyle estaba considerando la posibilidad de bajar al vestíbulo del hotel, en donde la víspera había estado conversando con una chica monísima, de cuerpo verdaderamente subyugante. La muchacha parecía accesible y Beyle no era insensible, ni mucho menos, a los encantos de las mujeres.

Pero se hallaba sumido en una agradable pereza, que le hacía mirar casi con horror todo esfuerzo físico. Ni siquiera la belleza de la chica era suficiente para arrancarle de la hamaca en que se hallaba.

La mano de Beyle acarició maquinalmente un extraño objeto que pendía de su cuello por una cadenita de oro y del cual no se separaba jamás. Tratábase de una llave de extraña forma, cuya caña, en lugar de dientes, tenía unas estrías en sentido paralelo al eje y de distinta longitud cada una de ellas.

Beyle conocía la importancia de aquella llave; por eso no se

separaba en ningún momento de ella. No obstante, sentía cierta impaciencia, porque sabía que la llave debía ser utilizada algún día y ese día no acababa de llegar.

De pronto, Beyle sintió un picotazo en el cuello, bajo la oreja izquierda. Su mano se movió con furia, a fin de aplastar al mosquito inoportuno.

Un gruñido se escapó de sus labios.

—Tendré que quejarme a la dirección del hotel —murmuró, disgustado.

El escozor del picotazo proseguía. Beyle se frotó con fuerza el lugar afectado. Pareció que la molestia cedía, y alargó la mano para coger el vaso de refresco y tomar un sorbo.

El vaso se escurrió repentinamente de unos dedos sin fuerza, estrellándose contra el suelo. El líquido contenido empezó a correr en delgados regueros hasta el borde de la terraza, donde estaban los imbornales de evacuación del agua de la lluvia.

La mano izquierda de Beyle quedó fuera de la hamaca, balanceándose con creciente lentitud, hasta detenerse del todo. Debajo de las gafas negras, sus ojos estaban muy abiertos, pero no veía ya nada. Su corazón estaba dando los últimos latidos.

Para cualquier extraño, Beyle dormía apaciblemente. Transcurrieron algunos minutos.

Alguien entró en la terraza, sin hacer el menor ruido. Unas manos enguantadas en fina seda negra, soltaron el broche de la cadenita que sostenía la llave. Cadena y llave pasaron a poder del intruso.

Louis Beyle no protestó por el despojo de que era víctima. Los muertos no protestan nunca de nada.

* * *

El hombre que estaba en pie, en el centro de la estancia, era alto y de buena presencia. Tenía el pelo oscuro y los ojos grises, el rostro anguloso, los hombros anchos y la mandíbula saliente. Dos personas le examinaban con curiosidad.

Una de ellas era otro hombre, de unos cuarenta años, casi calvo, con gruesas gafas y nariz picuda, aunque no excesivamente larga. La segunda persona era una mujer.

Ella aparentaba tener entre veintiocho y treinta años, de formas

majestuosas, rostro muy hermoso y bien cuidado, pelo frondoso, rojo como una llama, y ojos intensamente verdes. Se sabía bella y procuraba acentuarlo vistiendo un traje sumamente ceñido y de escote en forma de V que le llegaba por delante hasta la cintura. El vestido carecía absolutamente de espalda.

—De modo que usted es el capitán Stacey...

—Excapitán, señor —contestó el joven—. Dejé el ejército hace poco más de dos años.

El hombre de las gafas tenía un papel en la mano y lo consultó para leer alguno de los datos que había allí escritos: «Bill Cookie Stacey, oficial del Servicio de Información del Ejército, dimitido a voluntad propia...»

—Digamos que forzado por las circunstancias, señor —manifestó Stacey.

—Unas circunstancias en la que determinada dama de elevada posición tuvo mucho que ver, señor Stacey —dijo Cass Anver.

—Seguramente, porque de la elevada posición, pasó a la posición horizontal —comentó alegremente la pelirroja.

Stacey se puso colorado. Glenda Warburton soltó una risita.

—Vamos, capitán —dijo—; no se avergüence usted. A juzgar por lo que estoy viendo, usted resulta tremendamente atractivo para las mujeres.

—Señora Warburton, en este caso, las apariencias me condenan —dijo Stacey—. Pero hubo alguien que no supo verlo así y...

—Y se impuso la dimisión —cortó Anver—. Bien, señor Stacey, estábamos hablando de que usted perteneció al Servicio de Información del Ejército.

—Casi cinco años, señor.

—Estupendo. Eso le confiere a usted la experiencia que nosotros estamos buscando. Podríamos haber contratado los servicios de un detective privado, por supuesto, pero estimamos que un hombre de sus cualidades, dará mejor resultado.

—Perdón, señor Anver. Que yo sepa, todavía no he aceptado su proposición —dijo Stacey.

—La aceptará, Cookie, la aceptará —exclamó Glenda riendo.

—Antes de nada, me gustaría saber de qué se trata —pidió el joven.

—Nada más justo —convino Anver—. Mientras yo hablo con él,

tú podrías preparar unas copas, querida.

—Con mucho gusto, Cass —accedió Glenda.

Anver continuó hablando:

—Capitán, me gustaría saber si oyó hablar alguna vez de la Compañía de Inversiones Seven Keys —dijo.

Stacey frunció el ceño.

—Tengo una vaga idea —declaró—. Me parece recordar que se trataba de una compañía de inversiones o algo por el estilo.

—Exacto —corroboró Glenda, acercándosele con una copa en la mano—. Compañía de Inversiones Seven Keys. Y tenía un lema muy adecuado al nombre de la empresa: «Su dinero estará tan seguro entre nosotros como en su casa bajo siete llaves».

—Sí, ahora recuerdo mejor. Yo recibí en tiempos propaganda de la SK, pero... no tenía dinero para invertir en sus bonos.

—Usted ya sabe lo que son esas compañías. Recurren al ahorro privado e invierten los capitales en financiar diversas empresas, todas ellas de reconocida solvencia —dijo Anver—. Abonan un crecido interés, y sus bonos acaban por adquirir, generalmente, un valor muy superior al nominal, con lo que el inversionista puede, en un momento dado, recobrar el capital invertido, más los intereses que ya haya percibido, más el sobrevalor actual de los bonos que, en ocasiones, rebasa holgadamente el cuarenta y aún el cincuenta por ciento del valor nominal.

—No estoy muy al corriente de cuestiones financieras, pero me parece comprenderle —manifestó Stacey—. Pero, en cambio, sigo sin comprender por qué me llamaron ustedes.

—Es hora ya de que empiece a saberlo, señor Stacey —dijo Anver—. Los directivos de la SK eran menos honrados de lo que aparentaban y, desde luego, el dinero de los inversionistas no estaba tan seguro como bajo siete llaves. Un buen día, la compañía quebró y el dinero de los inversionistas se volatilizó.

—¿Cómo pudo ocurrir eso? —preguntó Stacey, sorprendido.

—En primer lugar, las inversiones no fueron tantas como pregonaban, si bien es cierto que en los primeros tiempos pagaron religiosamente los intereses. En realidad, todo estafador que pretende hacer una cosa semejante obra de este modo, a fin de inspirar confianza a futuros clientes.

»Naturalmente, al no invertir tanto dinero como aseguraban,

disponían de grandes existencias en metálico. Una vez consideraron que el asunto estaba ya maduro, empezaron a sacar dinero secretamente, hasta dejar a cero las diversas cuentas bancarias de la Compañía. Entonces, desaparecieron.

—Y no han sido hallados hasta ahora —agregó Glenda, mirando a Stacey por encima de su copa.

—¿Cuántos eran los directivos de la Compañía? —preguntó él.

—Siete, uno de ellos mujer. Sería preciso incluir también al secretario general, Arthur Morbry; aunque no obtuvo tanto beneficio como los directivos, tomó parte en el plan y fue pródigamente recompensado —explicó Anver.

—Entiendo. ¿Fue grande el botín?

—Naturalmente, cuando los directivos de la SK decidieron consumir la estafa, se apartaron ciertas sumas de dinero para uso personal, a fin de vivir durante una larga temporada, hasta que el escándalo hubiera sido dado al olvido. Entonces se haría el reparto del botín.

—Reparto que, por lo que sabemos, no se ha efectuado todavía —intervino Glenda.

—Debió de ser un desfalco de proporciones gigantescas —supuso Stacey.

Anver anunció la cifra con acento deliberadamente dramático:

—¡Veintiocho millones de dólares!

CAPÍTULO II

Stacey vació de un trago el resto del whisky contenido en su vaso.

—Ha dicho...

—Veintiocho millones de dólares, es decir, lo que acordaron repartir, después de la fraudulenta disolución de la sociedad. No incluyo en esa cifra el millón y medio, dólar más o menos, que se repartieron anticipadamente para subsistir con holgura hasta que llegue el momento del reparto definitivo.

—En alguna parte hay una caja que contiene el botín —dijo Glenda.

—De modo que lo tienen escondido.

—Efectivamente —corroboró Anver.

—Y ustedes quieren que yo encuentre ese botín...

—Lo que queremos es que encuentre las siete llaves que abren la caja donde se guarda el fruto de ese robo —puntualizó Anver.

Stacey arqueó las cejas.

—Explíquese, por favor —pidió.

—Cuando los directivos de la SK acordaron «liquidar» la sociedad, se hicieron construir una caja especial. La caja tiene siete cerraduras, todas distintas, y cada uno de ellos posee una de las llaves. Son llaves especiales, sin dentado, con unas muescas longitudinales a lo largo de la caña, que teniendo las mismas dimensiones de longitud y diámetro en cada uno de los casos, resulta distinta, dado que las muescas o estrías son diferentes para cada caso y, en conjunto, componen la clave de apertura.

—Voy comprendiendo. Esa llave-caja no se puede abrir hasta que se hayan reunido las siete llaves —dijo Stacey.

—Justamente, y es preciso empezar por la llave número uno, hasta llegar a la número siete. Cuando esta haya actuado, la caja se podrá abrir sin dificultad y sin riesgo de que se destruya su contenido.

—Parece que usted sugiere que la caja tiene instalada algunas trampas.

—En efecto. Si alguien intenta abrirla sin disponer de las siete llaves, se dispararán las trampas: varios litros de ácido, que

quemarán los billetes; sustancias térmicas, para fundir las piedras preciosas... y hasta un par de bombas, para hacer pedazos al osado que quiera conseguir el botín subrepticamente.

—Ha dicho piedras preciosas —exclamó Stacey.

—Sí —intervino Glenda—. Usted puede comprender fácilmente que, aunque fuese en billetes grandes, veintiocho millones de dólares ocupan demasiado espacio. Buena parte del botín está constituido por piedras preciosas: diamantes, rubíes y esmeraldas, de fácil venta, puesto que no están sobre monturas de joyero.

—Aun así, la caja no es pequeña —dijo Anver—. Pero confiamos en usted para que encuentre las siete llaves.

—Un momento, por favor. Antes de hacer nada, me gustaría saber a quién representan ustedes —manifestó Stacey.

—Se lo diré con sinceridad. La señora Warburton y yo representamos a un pequeño, pero potente grupo de inversionistas estafados. El dinero que hemos perdido en conjunto rebasa los cinco millones de dólares...

—Confiamos en la SK y casi perdimos la camisa —se lamentó Glenda.

Stacey paseó la mirada por el lujoso decorado de la sala en que se hallaba.

«No están tan arruinados como quieren dar a entender», pensó.

—Ese grupo —siguió Anver—, nos ha otorgado no solo la confianza, sino también plenos poderes para recobrar el dinero. Por supuesto, es algo que ha de realizarse con la máxima discreción.

—Y sin mirar demasiado los métodos que se empleen —añadió la mujer.

—Queremos resultados; es lo que nos importa, capitán.

—Aún no sé quiénes son... —empezó a decir Stacey.

Anver no le dejó seguir adelante. Tomó un sobre de la mesa que tenía junto a sí y se lo entregó al joven.

—Aquí tiene los datos principales de los directivos y el secretario de la SK, junto con otros complementarios, que estimamos le resultarán muy útiles en su tarea —dijo—. Estúdielo todo con detenimiento y empiece a actuar cuando esté razonablemente seguro de conseguir algo.

—Todavía falta algo, Cass —dijo Glenda.

—Ah, es verdad —exclamó Anver. Había un portafolio sobre la

mesa y se lo entregó también al joven—. Las guerras, y esta que usted va a emprender, es una pequeña guerra, no se ganan sin dinero. Dentro de la cartera encontrará usted mil billetes de a veinte dólares.

Stacey se quedó sin aliento

—¡Veinte mil dólares! —exclamó.

—No nos gustaría que usted pudiera encontrarse en un apuro momentáneo por falta de numerario —explicó Anver.

—Por otra parte, los billetes de veinte dólares no son demasiado «llamativos» —agregó la mujer con encantadora sonrisa.

—Piensan ustedes en todo —dijo Stacey.

—Pensamos, sobre todo, en nuestro dinero, pero también en el de los modestos inversionistas que confiaron en esos forajidos —declaró Anver.

Stacey meditó un instante. Quería decir algo, pero decidió no recurrir a frases melodramáticas.

—Haré lo que pueda —prometió finalmente.

La entrevista podía darse por terminada. Stacey se dirigió hacia la puerta con el portafolios en la mano.

Glenda le acompañó. Junto a la puerta, le dirigió una profunda mirada, a la vez que se inspiraba con fuerza, a fin de hacer destacar todavía más las turgentes curvas del busto.

—Si triunfa, y así lo espero, capitán, tendrá una recompensa no especificada en los términos de nuestro contrato —dijo con voz acariciante.

Stacey sonrió.

—A veces, los que me contratan me hacen un anticipo —murmuró.

Los ojos de Glenda chispearon maliciosamente.

—Le llamaré por teléfono, a fin de acordar las condiciones en que he de abonarle ese anticipo —contestó, a la vez que apretaba significativamente la mano del joven.

* * *

La llamada de Glenda tardó tres días en producirse.

Stacey no perdió el tiempo y se dedicó a estudiar a fondo el asunto. Averiguó muchas cosas de los directivos de la SK y también

llegó a conocer el domicilio del secretario general y de la joven que había sido su ayudante, una tal Nellie Fox.

El secretario, Arthur Morbry, se hallaba ausente momentáneamente y el conserje del edificio en donde residía le informó que desconocía la fecha de su regreso. El conserje tenía la impresión de que Morbry se hallaba en el extranjero.

Stacey recompensó la información con cinco dólares. El día se le había pasado con rapidez y le pareció una hora inoportuna para visitar a Nellie Fox.

Iría al día siguiente, decidió. Cuando llegó a su residencia, se encontró con un mensaje recogido en la grabadora automática del teléfono:

«Calle noventa Oeste, Villa Dorada. No faltes, te espero a las diez.»

La voz era cálida e incitante. Stacey sonrió, mientras se dirigía al baño, a fin de ducharse para cambiarse luego de ropa.

A las diez en punto, se detenía ante la verja que rodeaba el jardín de Villa Dorada, una elegante construcción de no demasiado tamaño y de una sola planta.

Había unas cuantas luces entre las plantas del jardín, que le proporcionaban un agradable aspecto. Stacey avanzó hacia la entrada y tocó la campanilla eléctrica.

La puerta se abrió. Un brazo, de mórbidos contornos, envuelto en tules, asomó a través del hueco.

—Entra, querido —dijo Glenda.

Stacey cruzó el umbral. La puerta se cerró tras él.

Glenda tenía el pelo suelto. Se apoyó en la puerta y le miró sonriente.

—Vienes a recibir el anticipo —dijo.

—Sí —confirmó él.

—¿Cuándo quieres empezar a cobrar?

—¿Ahora mismo? —sonrió Stacey.

—Estoy dispuesta a pagar —dijo Glenda.

Los encajes eran abundantísimos sobre el cuerpo de Glenda, pero el tejido tenía la misma opacidad que una tela de araña. Un fuerte perfume, de aromas orientales, emanaba de la mujer. Stacey lo aspiró con fuerza cuando cerró sus brazos en torno a su esbelto talle.

Más tarde, Stacey preparó dos vasos con whisky y cubitos de hielo. Glenda estaba lánguidamente reclinada sobre un diván.

—¿Has averiguado algo durante estos días? —preguntó.

—Algunos datos, pero me falta uno —dijo él, después del primer trago.

—¿Cuál es, Cookie?

—Tu relación con Anver.

—Ah, es meramente comercial. Anver y yo somos los más perjudicados económicamente. Nos conocimos tiempo atrás en una fiesta y comentamos el tema. A mí se me ocurrió la idea de hacer algo para recuperar, por lo menos, una buena parte del dinero. Anver se mostró de acuerdo y empezó a trabajar en ello. El resultado de ese trabajo eres tú.

—Me estudiasteis a fondo, por lo que veo.

—Sí. Para conocer informes sobre ti empleamos los servicios de una agencia de detectives. Pero a estos no les podíamos encargar la búsqueda de las siete llaves.

—Entiendo. Sin embargo, me asalta una duda, Glenda.

—Dime, Cookie.

—Supongamos que encuentro las siete llaves. ¿Dónde está la caja con el botín?

—La han escondido bien, es preciso admitirlo —dijo Glenda, muy seria—. Pero confío en que uno de los siete te dirá dónde está la caja.

—¿Supones tú que Morbry conoce el paradero de los siete estafadores?

—Parece lógico, ¿no?

—Será cosa de preguntárselo cuando vuelva del extranjero —dijo Stacey—. O en el extranjero, si veo que tarda mucho y consigo averiguar su paradero.

—No está mal pensado —aprobó Glenda—. ¿Qué piensas hacer para encontrarlo?

—He tenido que buscarme colaboradores —confesó él—. Por supuesto, para trabajos rutinarios, como, por ejemplo, indagar en aeropuertos, agencias de viaje y demás... En el sobre que me dio Anver había fotografías de los siete socios y de Morbry. He hecho copias de todas ellas. Mis ayudantes las tienen y ya andan investigando por ahí, aunque, desde luego, no les he dado

demasiados detalles del asunto.

Glenda le contempló con admiración.

—Piensas en todo —dijo—. Creo que acertamos al contratarte, Cookie.

Stacey sonrió.

—Yo también pienso lo mismo —dijo.

Y se inclinó para besarla de nuevo, pero no pudo hacerlo.

Llamaban a la puerta.

CAPÍTULO III

Glenda se irguió vivamente.

—¿Quién será? —preguntó.

Stacey frunció el ceño, alarmado.

—Supongo que no se tratará de una visita... inconveniente —dijo.

—No estoy casada, si es a eso a lo que te refieres —declaró ella.

La llamada se repitió. Stacey se puso en pie y movió la mano.

—Escóndete —ordenó.

Glenda no se lo hizo repetir dos veces. Agarró los ropajes y, convertida en un relámpago de blanca carne, desapareció en el interior de la casa.

Stacey cruzó la sala y abrió. Un puño se disparó de pronto y le alcanzó de lleno en la mandíbula, derribándole con los pies por alto.

La mente del joven se nubló parcialmente. Apenas si pudo ver a los dos hombres que irrumpían en la casa.

Uno de ellos cerró la puerta. El otro se inclinó sobre él y lo levantó a viva fuerza.

—Te han encomendado buscar algo —dijo—. Tienes que olvidarlo y nosotros te ayudaremos a ello.

Y levantó el puño para descargarlo de nuevo sobre la cara de Stacey, pero algo se lo impidió.

—Será mejor que suelten a ese hombre o empezaré a tiros con ustedes dos —sonó enérgica la voz de Glenda.

La sorpresa de los intrusos fue enorme. Durante unos segundos, se quedaron paralizados, atónitos por la presencia de la pelirroja, en cuya mano derecha podía verse un revólver de calibre 32 y cinco tiros.

Stacey se soltó del sujeto que le agarraba y sacudió la cabeza, a fin de despejarse el cerebro. Retrocedió un par de pasos y contempló a los intrusos, cuyo aspecto, pese a la pretendida elegancia de sus ropas, delataba fácilmente su condición de matones a sueldo.

Uno de ellos reaccionó de pronto y avanzó hacia Glenda. Stacey se fijó en la ceja derecha, la mitad de la cual faltaba, sustituida por

una extraña cicatriz.

—¡No se acerque! —gritó ella.

El sujeto se echó a reír. Dio dos pasos más y, de pronto sintió que le tocaban en el hombro.

—La señora le ha dicho que no se mueva —habló Stacey.

Media Ceja se volvió airado hacia el joven. Un puño se disparó de repente con indescriptible violencia, hundiéndose a fondo en el estómago del matón.

La rodilla derecha del joven se alzó al encuentro de la cara de su adversario. Se oyó un gruñido y el sujeto se derrumbó al suelo, revolcándose de dolor.

Stacey se acercó al otro, que daba la sensación de estar paralizado por el asombro.

—Tengo buena memoria y no pienso olvidarme de nada —dijo.

El intruso reaccionó y quiso golpear a Stacey. Un codo se estrelló venenosamente contra sus labios.

Luego, dos puños actuaron con vertiginosa sucesión

—¡Bravo! —gritó Glenda, cuando vio al segundo individuo caído por tierra.

Stacey se frotó, la mandíbula.

—Me dieron un buen golpe —comentó.

Glenda corrió hacia él. Stacey se hizo cargo del revólver.

—¿Por qué te atacaron? —preguntó.

—La respuesta es bien sencilla: hay alguien que quiere impedir que yo encuentre las siete llaves —respondió Stacey.

—Puedes preguntarles cuando despierten —sugirió ella.

—No —Stacey rechazó la idea—. Son tipos duros, matones a sueldo. No hablarán... y yo no voy a quemarles las plantas de los pies para hacerles «cantar». Incluso es probable que, entre ellos y el autor de la orden, haya un intermediario, ¿comprendes?

—Sí, desde luego.

—Pero sí resultará útil descargarles de peso —dijo Stacey.

Instantes después, tenía en su poder dos enormes pistolones, además de una navaja automática, de estremecedor aspecto. Glenda le entregó una copa al terminar.

—Para confortar al vencedor —dijo, sonriendo.

—Sin tu colaboración, no podría aplicarme ese calificativo —respondió Stacey.

Los matones despertaron poco después. Stacey los expulsó de la casa sin demasiadas contemplaciones.

—Y no esperen que me olvide de... de lo que tengo que buscar —gritó, cuando los dos abatidos individuos cruzaban el jardín.

Cerró la puerta y se dirigió hacia el teléfono. Ante la expectación de Glenda, marcó un número y esperó algunos segundos.

Alguien contestó al otro lado:

—Lino Salas.

—Soy Cookie, Lino. Tengo que encargarte una cosa.

—Está bien, Cookie. Adelante.

—Alto, fuerte, le falta media ceja derecha. El otro es parecido de envergadura y tiene aspecto de haber sido boxeador. ¿Entiendes?

—Descuida, Cookie. Indagaré. ¿Algo más?

—Eso es todo, Lino. Ya hablaremos en otro momento.

Stacey cortó la comunicación y se volvió hacia Glenda con la sonrisa en los labios.

—Mi ayudante —explicó.

—Ah —dijo ella. De pronto sonrió—. Estábamos hablando de algo y nos interrumpieron, Cookie.

—¿De qué hablábamos? —dijo él, simulando estar muy pensativo—. Soy una catástrofe, tengo una memoria pésima...

Glenda le echó los brazos al cuello.

—Yo te ayudaré a recordar el tema de nuestra conversación —dijo, acercándole los labios incitantemente.

* * *

Siro Fartoni disfrutaba de la vida. Residía en una lujosa villa a orillas del mar y tenía ante sí la más rosadas perspectivas.

La villa era alquilada y a un precio nada módico, pero ello no le importaba a Fartoni en absoluto. Dinero no le faltaba y pronto tendría mucho más.

Con gesto complacido, se acarició la llave que pendía de su cuello por una fina cadena de platino. El platino era mejor que el oro; a Fartoni le gustaba la ostentación.

Olor a sales y yodo marinos llegaba hasta su pituitaria. Los coches iban y venían velozmente por la carretera que bordeaba la costa. El panorama que se divisaba desde allí era sumamente atractivo.

Habían sido unos años de duro trabajo. Fartoni pensaba que ahora estaba disfrutando de una recompensa bien ganada.

Aún faltaba lo mejor, sin embargo. La riqueza de que disfrutaba en los momentos actuales sería una futesa, comparada con la que pronto llegaría. Unos meses más y...

Algo le picó en el cuello súbitamente. Fartoni se pegó un manotazo en el lugar donde el tábano inoportuno se había atrevido a molestarle.

Estaba sentado y se levantó, furioso. Había demasiados insectos en la región. No comprendía cómo las autoridades sanitarias de la Riviera italiana permitían la proliferación de bichos molestos para las personas que tanto dinero proporcionaban a los habitantes de la región.

De repente, todo dio vueltas a su alrededor. El cielo, la tierra y el mar se confundieron en un vertiginoso torbellino multicolor, que pronto se degradó hacia tonos más oscuros.

Cuando aquellos colores se hicieron un negro absoluto, Fartoni yacía de bruces sobre las losas de la terraza. Pero ya no lo sentía en absoluto; no tenía consciencia de su situación, porque había perdido el conocimiento.

Ni siquiera sabía que estaba agonizando. Tampoco se enteró de que unas manos, cubiertas por unos guantes de seda negra, le quitaban la llave.

El sol brilló todavía mucho rato antes de que una de las sirvientas de Fartoni descubriera el cadáver y empezara a pegar gritos.

* * *

Nellie Fox abrió la puerta y apostrofó hostilmente a su visitante: —¡Váyase! Déjeme en paz. No quiero nada con usted, ¿me entiende? Si no se marcha, llamaré a la policía inmediatamente.

Stacey se quedó parado ante aquel recibimiento. No podía comprender las razones de la muchacha.

Ella era una chica alta y esbelta, de largos cabellos cenicientos y facciones muy agradables. Pero Stacey no podía verle los ojos, por la sencilla razón de que Nellie los tenía cubiertos por unas grandes gafas oscuras.

—Señorita Fox, le aseguro que vengo en son de paz —manifestó

—. Me llamo Bill Stacey y deseo hacerle algunas preguntas. Insisto, no pretendo causarle el menor daño.

Nellie pareció ablandarse un poco.

—Entre si quiere, pero solo contestaré a las preguntas que me convenga —dijo—. ¿Es usted de la policía?

—No. Actúo de una manera particular... y para un asunto relacionado con la Compañía de Inversiones Seven Keys.

—Entonces, su presencia está de más, señor Stacey. No diré nada acerca de esa Compañía.

Stacey frunció el ceño.

—Usted tiene miedo —dijo.

Los labios de la joven temblaron.

—Sí —confesó.

—¿Por qué? ¿La han amenazado?

Nellie guardó silencio. De pronto, Stacey comprendió la verdad.

Se movió con rapidez. Antes de que ella pudiera evitarlo, le quitó las gafas.

—Ahora lo entiendo —murmuró, al ver el ojo izquierdo de la joven hinchado y amoratado.

Nellie se volvió de espaldas. Stacey se dio cuenta de que estaba llorando.

Esperó unos momentos. Al fin, Nellie sacó un pañuelo y se limpió los ojos.

—Deme las gafas —pidió.

—Sí, señorita.

Ella se las puso de nuevo y volvió a enfrentarse con el joven.

—Lo de menos es lo del ojo —manifestó—. Me tumbaron en el diván, boca abajo, me rasgaron las ropas y me azotaron la espalda.

Stacey respiró.

—¿Eso hicieron, señorita Fox? —preguntó, incrédulo,

Nellie llevaba puesta una bata. De pronto, hizo un nuevo giro y se la bajó hasta la cintura.

—Véalo usted mismo, si no me cree —dijo.

CAPÍTULO IV

Stacey se acercó a la joven y le cubrió la espalda.

—Cúbrase —rogó.

Nellie se ajustó la prenda nuevamente y luego, con gesto nervioso, se atusó el pelo.

—¿Con qué la golpearon? —preguntó él.

—No lo vi, uno de ellos me tenía con la cara aplastada contra el diván y el otro, al mismo tiempo que me sujetaba con los tobillos, me azotaba con... creo que era una varilla delgada de metal, forrada de plástico o algo por el estilo.

—De modo que eran dos.

—Sí. No los conocía, no los había visto nunca. Cuando llamaron y abrí la puerta, uno de ellos me golpeó inesperadamente en el ojo. Yo caí al suelo, medio sin conocimiento, y entonces me llevaron hasta el diván. Rasgaron mis ropas y...

—¿Cuándo ocurrió eso, señorita Fox?

—Ayer por la tarde. Después de azotarme, fue cuando dijeron que no debía contestar a ninguna pregunta que me hicieran sobre la SK o lo pasaría aún peor.

Stacey hizo un movimiento con la cabeza.

—No cabe la menor duda, son ellos —murmuró.

—¿Cómo? —dijo Nellie.

—Señorita Fox, temo mucho que en estos momentos no se encuentre usted en el estado apropiado para contestar a mis preguntas. Solo quisiera llevar a su ánimo el convencimiento de que trato de ayudarla. Y, por supuesto, no permitiré que esos forajidos lleven a cabo sus amenazas.

Sacó una agenda de bolsillo, arrancó una de las páginas y firmó en ella. Luego rompió la hoja, de modo que la firma quedase partida por la mitad.

Uno de los fragmentos pasó a poder de Nellie.

—Enviaré a dos amigos de toda confianza para protegerla, señorita Fox —anunció—. No tenga el menor reparo en aceptar su protección, y por supuesto, la otra mitad de mi firma le servirá a usted de garantía para saber que son ellos. ¿Me ha comprendido?

—Sí, pero... —Nellie le miró estupefacta—. ¿Quién es usted?

¿Por qué hace todo esto? —preguntó.

Stacey sonrió.

—Hablando crudamente, por dinero —respondió—. Lo mismo que los otros, solo que mis intenciones son muy distintas. Absolutamente honestas, desde luego. ¿Me permite usar su teléfono?

—Claro —accedió Nellie, algo más tranquilizada.

Stacey se acercó al aparato y marcó un número. Poco después, oía la voz de su ayudante:

—Salas. ¿Quién llama?

—Cookie. ¿Algo de nuevo, Lino?

—Dos nombres y un sitio. Bull Ransome y Kent Cody. El sitio es Honey House. Si quieres la dirección...

—Gracias, Lino; me lo dirás luego, cuando nos reunamos. Ah, avisa a Mickey y a Sandro que estén preparados. Tengo algo para ellos.

—Muy bien, Cookie.

Stacey volvió el teléfono a la horquilla. Miró a la joven y sonrió.

—Repito que no debe temer nada en absoluto —insistió.

Nellie esbozó una tímida sonrisa.

—No sé por qué, pero ahora me siento mucho mejor —confesó.

* * *

Las ropas que vestían Stacey y su ayudante eran más bien corrientes, dada la clase de clientela que acudía a Honey House. Stacey pensó que el título dado a aquel antro (La Casa de la Miel) no correspondía en absoluto con su decoración ni con la fauna humana que por allí pululaba.

—Yo la llamaría mejor Casa de la Basura —comentó Salas.

—El dueño se ofendería si se lo dijeras —rio Stacey.

Salas rio suavemente. Era un hombretón de casi dos metros de altura y fuerzas hercúleas. Había sido colaborador de Stacey cuando el joven se hallaba en el Servicio de Información del Ejército y, al pasar este a la vida civil, le había seguido como un perro fiel. Salas no era tonto y, además, tenía experiencia.

Los dos amigos bebían juntos en una mesa apartada. Hacía ya un rato que aguardaban.

De repente, Salas golpeó a Stacey con el codo.

—Míralos, allí entran —dijo.

Ransome y Cody llegaban en aquel momento a la taberna. La nariz de Ransome ofrecía aún señales de los golpes recibidos dos días antes.

Varias chicas, de rostros pintarrajeados, acudieron a su encuentro. Los dos matones se sentían orgullosos y fanfarrones. Invitaron a todas a una ronda en la barra y luego eligieron a dos.

—Se sienten los amos de la taberna —comentó Salas.

—Alguien les va a disputar esa supremacía dentro de poco —vaticinó Stacey.

Ransome y Cody desaparecieron por las escaleras que conducían a los reservados del piso superior. Stacey aguardó a que un camarero hubiera subido una bandeja repleta de bebida.

—Vamos, Lino —dijo, cuando vio regresar al camarero.

Los dos amigos echaron a andar hacia la escalera. Momentos después, ya en el corredor del piso superior, oyeron risas y tintineo de vidrios al otro lado de una puerta.

—Saca la artillería, Lino

Salas extrajo un revólver de calibre 38. Stacey abrió la puerta con la mano izquierda.

—Eh, el cuarto está ocupado —protestó Ransome de mal talante.

—Lárguense, curiosos —dijo la rubia que se hallaba sentada sobre las rodillas del otro.

Salas asomó el revólver.

—Será mejor que cierren el pico, guapas —ordenó.

—Y no armen alboroto —añadió Stacey. Sacó dos billetes de a veinte dólares cada uno y los mostró ostentosamente—. Esto les ayudará a olvidar nuestra presencia en el reservado.

Las mujeres se pusieron en pie en el acto. Una de ellas agarró su billete y se lo guardó en el escote.

—Cuando te encuentres solo, avísame, buen mozo —dijo con todo descaro.

Stacey sonrió ligeramente. Instantes después, se hallaban a solas con los dos matones, quienes, sorprendidos, no acertaban a reaccionar.

—Es preciso ver si están armados —dijo Stacey.

—Yo me encargaré de ello —se ofreció Salas—. Toma mi revólver.

Ransome, el de la ceja a mitad, se puso en pie.

—Me parece que no saben bien en qué avispero se han metido —dijo, con acento fanfarrón.

Salas lo tumbó de un derechazo.

—¡A callar! —ordenó.

Cody no se atrevía a protestar. Por segunda vez, los dos matones hubieron de pasar por la humillación de verse desarmados.

—Pero falta la varilla de metal —observó Salas.

—Regístrales las perneras de los pantalones, Lino —sugirió Stacey.

Salas rasgó cuatro perneras sin la menor consideración. En una de ellas, efectivamente, estaba la varilla con la que había sido azotada Nellie Fox.

Stacey contempló el instrumento. Era duro y flexible y el forro de supuesto cuero no aliviaba precisamente el dolor que producían sus golpes. Medía unos cuarenta centímetros de largo por uno de diámetro.

Salas había recobrado la pistola. Stacey hizo chasquear la varilla contra la palma de su mano izquierda

—Y ahora, muchachos, vamos a ver qué aptitudes tenéis para la ópera —sonrió—. Quiero decir, para el «canto».

Ransome y el otro cambiaron una mirada. Estaban lívidos.

—Nos lo ordenaron... —balbuceó Cody.

—Ya me lo supongo, pero... ¿quién? —preguntó Stacey.

Ransome se lamió los labios. Stacey blandió la varilla.

—No puedo perder tiempo —amenazó.

—Bentie Lacksom —casi gritó el matón, lleno de terror.

—Me suena —dijo Salas.

—¿Dio Lacksom alguna razón por la cual hubierais de amenazarnos a mí y a la señorita Fox? —inquirió Stacey.

Cody negó con la cabeza.

—Nos lo ordenó —respondió escuetamente.

—¿Oyes, Lino? —dijo el joven.

—Con esa pinta, ¿qué otra cosa pueden ser, sino matones a sueldo? —contestó Salas despectivamente.

—No hay duda —convino Stacey—. Solo falta ahora saber dónde vive el tal Lacksom. Es de suponer que estos dos buenos muchachos nos lo digan sin necesidad de apretarles demasiado las clavijas.

Los dos sujetos volvieron a mirarse. Cody se encogió de hombros.

—Seven Rings Club, ochocientos diez, River Loop —informó.

—¡Hum! —dijo Stacey—. Seven Rings, Seven Keys... La coincidencia pudiera no ser fortuita.

Y ya se disponía a marcharse, cuando, de pronto concibió una idea.

—Escuchen los dos —dijo—. Olvidaré lo que hicieron con Nellie Fox bajo una condición. Y añadiré cien «pavos» para cada uno.

La propuesta pareció interesar a los matones, quienes parecían sentirse muy aliviados al ver que no iban a recibir más golpes.

—Hable —pidió Ransome.

—Silencio —expresó Stacey—. Significa que no quiero que le digan nada a Lacksom. No me gustaría llegar al Seven Rings y ver que Lacksom está prevenido. ¿Lo comprenden ahora?

—¿Ha dicho cien dólares? —preguntó Cody.

Stacey sacó un fajo de billetes que hizo parpadear a los dos individuos. Diez billetes cayeron sobre la mesa.

—Pero si me entero de que han avisado a Lacksom, ya pueden empezar a buscar un escondite en el centro de la Tierra, porque es el único sitio donde no les alcanzaré —prometió truculentamente.

Stacey y Salas abandonaron el reservado. Los dos rufianes se arrojaron de inmediato sobre el dinero.

—A ti, ¿qué te parece, Bull? —preguntó Cody.

—Lo que Lacksom nos dio por los dos trabajos no es mucho más que esto —respondió el otro—. Y solo tenemos que cerrar el pico.

—De acuerdo. Que se las entiendan los dos —sentenció definitivamente Kent Cody.

Mientras tanto, Stacey y su ayudante habían ganado la calle.

—¿Vamos a ir ahora al Seven Rings? —preguntó Salas.

Stacey dudó un instante.

—Quizá no sea el momento más adecuado —contestó al cabo—. En todo caso, convendría que explorases el local. Puedes acudir allí como un cliente normal. Tómate un par de buenos tragos a mi salud. Ya nos veremos mañana, Lino.

—Está bien, Cookie. Recuerdos a Glenda Warburton —dijo Salas maliciosamente.

—Te equivocas —contestó Stacey—. Voy a ver a Nellie Fox.

CAPÍTULO V

Uno de los hombres que Stacey había situado como protección para Nellie escrutó a través de la mirilla. Al reconocer a su jefe, abrió de inmediato.

—Todo en orden —informó.

—Gracias, Mickey. ¿Dónde está ella?

—En la cocina. Ha ido a preparar café.

—La veré allí. Usted y Sandro pueden continuar en la sala.

—Sí, señor.

Stacey se dirigió a la cocina. Nellie trasteaba con los cacharros. Ahora vestía una blusa y pantalones negros, pero seguía llevando las gafas oscuras.

—Hola —saludó el joven.

Nellie se volvió y le dirigió una sonrisa.

—¿Cómo está? —contestó.

—He venido a hablar con usted. Lléveles el café a los muchachos y vuelva, por favor. Quiero conversar a solas, si no le importa.

—En absoluto. Estaré lista dentro de unos minutos. Usted también querrá café, por supuesto.

—Se lo agradeceré.

Nellie sirvió el café a sus custodios y regresó a la cocina. Stacey encendía un cigarrillo en aquel momento.

—Cuando quiera —invitó ella.

—Se trata del asunto de la estafa de la SK —dijo él—. Me gustaría saber qué detalles me puede dar usted al respecto, señorita Fox.

—Creo que no voy a servirle de gran ayuda, señor Stacey. Yo solo era ayudante del secretario general. Pero lo que yo hacía no tenía que ver apenas con los asuntos económicos de la sociedad, salvo lo que se refería a la administración interna: sueldos del personal, alquileres de algunos de los edificios, impuestos... En cuanto a lo relacionado con la Bolsa, yo no tenía intervención alguna y estaba enterada de poquísimas cosas, por no decir de ninguna.

—Sin embargo, algo debe de saber usted, y es importante, porque, de lo contrario, no habrían enviado a aquellos dos matones

—alegó Stacey.

—Es cierto, y me preocupa bastante. ¿Qué puedo saber yo que no interesa a algunas personas que trascienda al público?

—Por ejemplo, algo relativo a una caja con siete llaves. ¿Qué ha oído de ella?

—Es la primera vez que me la mencionan. ¿Qué contiene esa caja?

—El botín. Veintiocho millones de dólares en moneda y piedras preciosas.

Nellie se quedó pasmada.

—Mucho dinero es —dijo.

—Todo lo que estafaron a los inversionistas, es decir, la mayor parte, porque ellos se repartieron previamente cosa de millón y medio, a fin de esperar mejores tiempos, para hacer el reparto definitivo cuando el escándalo se hubiera acallado.

Acto seguido, Stacey explicó a la muchacha en qué consistía el secreto de la caja donde había sido guardado el botín.

—Y se halla en un escondite secreto, cuya situación desconozco —concluyó.

Nellie se concentró durante unos momentos.

—No tengo la menor idea —dijo—. Nunca oí nada de esa caja. Solo me enteré de lo que había pasado cuando, como vulgarmente se dice, me encontré de patitas en la calle.

—Morbry era el secretario general y usted trabajaba a su lado. ¿No advirtió en él nada que hiciese presagiar el desastre?

—No. Como digo, lo llevaron todo en máximo secreto. Usted no sabe lo que me marearon con los interrogatorios policiales... Llegué a pensar que acabaría loca.

Stacey dirigió a la muchacha una mirada de simpatía.

—Me lo imagino —dijo—. ¿Conocía usted a los siete componentes del consejo directivo?

—Sí, pero superficialmente, como puede comprender. Mi trato con ellos era mínimo. Cuando se reunían para tomar decisiones, solo Morbry asistía a las mismas. La puerta de la sala de consejos era muy gruesa y, en cierta ocasión, Morbry dejó escapar que habían instalado interferidores de sonido, por si alguien les había colocado micrófonos secretos.

—Una precaución muy acertada para unas personas que, en

total, pensaban estafar, como estafaron, más de treinta millones. ¿No recuerda nada más que pueda ayudarme en mi tarea?

Ella se quedó pensativa unos momentos. Luego dijo, un tanto dubitativa:

—No sé si tendrá relación o no con este asunto... En cierta ocasión le oí comentar al señor Morbry algo de un «Punto Cero»... Estaba hablando con alguien por su línea privada y cortó la comunicación apenas me vio. Luego me reprendió agriamente por haber entrado en su despacho sin llamar, pero esto no es cierto; debía de estar muy entretenido y no me oyó.

—De modo que «Punto Cero» —repitió él—. Parece un nombre en clave, tal vez el ideal para designar el sitio donde está escondida la caja de las siete llaves.

—Pudiera ser, pero no puedo asegurarle nada. Por el momento, no recuerdo nada más; pero si logro recordar algún detalle más, que me parezca importante, se lo comunicaré de inmediato.

—Gracias, señorita Fox. En todo caso, dígaselo a Mickey o a Sandro; ellos sabrán dónde llamarme.

—Sí, señor Stacey.

El joven se dispuso a marcharse. Nellie lanzó una repentina exclamación:

—¡Aguarde algo! —dijo—. Olvidaba decirle una cosa importante, es decir, me parece importante.

Nellie tomó un periódico atrasado que tenía encima del frigorífico y se lo entregó a su visitante.

—Lea la página de sucesos —indicó—. Viene en ella la muerte de Louis Beyle, uno de los componentes de la directiva de SK.

* * *

Stacey conocía el valor del trabajo en equipo y, pese a que le habían contratado a él en persona, no había recibido orden en contra acerca de emplear a otros ayudantes. Había recibido una sustanciosa suma para llevar a cabo sus investigaciones y no le dolía emplear el dinero cuando quería obtener resultados.

Estaba examinando algunos de los informes recibidos y conseguido por sus colaboradores, cuando sonó el teléfono.

—Stacey —dijo, tras llevarse el aparato a la oreja.

—Lino —anunció Salas al otro lado de la línea—. Explorado el

Seven Rings.

—¿Posibilidades de asalto?

—Conociendo el terreno de antemano, máximas.

—Está bien. Atacaremos a la noche, a las veintidós.

—«Roger» —contestó Salas, empleando la palabra usada por los aviadores como contraseña de «enterado».

Stacey sonrió. Lino no podía olvidar quince años en el ejército.

El teléfono sonó de nuevo media hora después.

—Soy Glenda —dijo la voz cálida y acariciante.

—Hola, encanto. ¿Sucedó algo?

—Desearía información sobre tus progresos, Cookie.

—Lo siento, aunque hoy me resultará imposible. Tengo trabajo.

—Lástima. Te esperaba para cenar juntos. Hubiera encargado la cena a un restaurante próximo. El cocinero es una maravilla...

—Y sus platos te hacen olvidar tu línea, ¿verdad? —rió él—. Lo siento, otra noche será... aunque, por cierto, ¿te has enterado de la muerte de Beyle?

—Sí. Lo asesinaron en un hotel cerca de Niza. No me explico quién haya podido cometer el crimen, Cookie.

—He pedido informes privados a una agencia de Niza. En cuanto los reciba, te diré algo.

—En persona, si puede ser —pidió ella.

—Lo intentaré, hermosa —respondió Stacey, antes de cortar la comunicación.

A las diez en punto, se hallaba en la puerta del Seven Rings Club, un local de, en apariencia, pequeñas dimensiones, visto desde el exterior, pero sumamente lujoso en el interior.

—Y caro —se estremeció Salas.

—No te preocupes, Lino, tú no pagas —dijo Stacey riendo.

Un atildado maestresala les condujo a una mesa. Stacey pidió sendos *cocktails* de champaña. Salas se quejó de flojedad de la bebida.

—Puedes tomarte dos, pero no pidas el tercero o te caerás debajo de la mesa —aseguró Stacey, como indicando que la suavidad en el gusto no significaba lo mismo con el contenido alcohólico.

Tomaron unos sorbos. Luego, Salas dijo:

—Fíjate en aquellas cortinas rojas del fondo, a la derecha. Hay

que atravesarlas para llegar al pasillo de lavabos. Hay tres puertas. La que no es de «caballeros» ni «señoras» tiene un rótulo que dice «almacén». No hagas caso y entra. Verás muchas pilas de cajas de botellas. Al fondo hay una pila falsa. Mueve la segunda caja, empezando por arriba. La pila se moverá y dejará ver un pasillo, con una escalera al fondo. Al final está la puerta del despacho superprivado de Lacksom.

—De modo que tiene otro que podríamos llamar corriente.

—Sí. Ahora está en él; a partir de las once, suele ir al superprivado, aunque no está de un modo continuo.

—Entiendo. Oye, Lino, has averiguado muchas cosas...

Salas carraspeó, a la vez que se ajustaba el nudo de la corbata, como para darse importancia.

—También uno sabe hacer hablar a las mujeres, cuando es necesario —contestó.

Stacey se echó a reír. De pronto, reparó en una hermosa joven, situada tres mesas más allá.

La joven estaba de perfil y su cara le pareció conocida a Stacey. Ella vestía un traje de color rojo fuego, cerrado de cuello, sin ningún escote, aunque llevaba los brazos al aire. El pelo era de un color rubio muy brillante y estaba peinado de una manera harto sofisticada.

—Esa chica —murmuró.

Ella permaneció tranquila, aunque con cierta afectación en su postura. De repente, Stacey concibió una sospecha.

—Aguarda un momento aquí, Lino —dijo—. Voy a hacer una llamada telefónica.

Momentos después, estaba en contacto con el domicilio de Nellie. Sandro se puso al aparato.

—Soy Stacey. Sandro, dígame si la señorita Fox está en casa.

—Por supuesto, jefe. Hace un buen rato que anunció que se iba a dormir...

—Vea el dormitorio, Sandro —cortó Stacey, impaciente.

Transcurrieron un par de minutos. De pronto, Sandro, muy alterado, exclamó:

—¡No está, jefe! La chica se ha ido y no sabemos cómo...

—Gracias, Sandro, pero no es necesario que se preocupe; yo la tengo a la vista.

Stacey volvió junto a su ayudante.

—Lino, vigila a la rubia del vestido rojo. Es Nellie Fox —dijo. Salas pegó un bote en la silla.

—Pero, ¿qué diablos hace aquí esa loca? —exclamó.

—Ya lo veremos en otro momento. Por ahora, procura no perderla de vista y, si se marcha, síguela donde quiera que vaya.

—Descuide, a mí no se me escapará —aseguró Salas.

Tranquilo a este respecto, aunque intrigado por la presencia de Nellie en el local, Stacey se dirigió en busca de la entrada al despacho superprivado de Bentie Lacksom.

CAPÍTULO VI

Los informes de Salas eran exactos. Stacey llegó ante la puerta del despacho de Lacksom y estudió un momento la perilla de cierre.

Antes de que tomara una decisión, la puerta se abrió y una elegante dama salió por ella. La mujer pasó rápidamente por delante de Stacey, como si temiera ser reconocida.

El joven observó que la mujer apretaba un pequeño bulto contra su pecho. «Un préstamo dinerario y no a bajo interés», dedujo.

Cruzó el umbral. Un tipo de mediana estatura, pero tremendamente fornido, intentó cortarle el paso.

—Deja entrar al capitán Stacey, Goody —ordenó Lacksom—. Y déjanos solos.

—Sí, señor —contestó el esbirro mansamente.

Goody salió y cerró la puerta. Stacey y Lacksom quedaron a solas en un despacho de notable sencillez, aunque los muebles no tenían nada de baratos.

—¿Una copa? ¿O prefiere un cigarro? —sugirió Lacksom cortésmente.

—Por ahora, me contentaré con un cigarrillo de los míos. Pero permítame decirle que estoy por sospechar que usted aguardaba mi visita.

—Acertó, capitán —dijo Lacksom, repantigándose en su sillón. Era un sujeto de unos cincuenta años, grueso, sanguíneo, con todo el aspecto de los amantes de la buena mesa—. Le estaba esperando. Y si no, ¿por qué cree que ha llegado hasta aquí con tanta facilidad?

—Admiro su inteligencia, Bentie. Sin duda, usted adivinó ayer los esfuerzos de mi ayudante por explorar el local.

Lacksom sonrió satisfecho, con un grueso cigarro entre los dientes.

—Envié a una chica de mi confianza —confesó—. No fue difícil ganarse la voluntad de ese mulo que tiene usted por ayudante, capitán.

—Lino es más inteligente de lo que parece. Y, al fin de cuentas, yo estoy aquí, que es lo que buscaba.

—Para preguntarme, sin duda, quién me ordenó intimarle a que se apartara de este asunto.

—Esa respuesta encierra un singular interés, Bentie, porque demuestra que envió a sus matones por orden superior.

—Lo admito. Naturalmente, no espere que le diga el nombre de esa persona.

—He venido a eso precisamente, Bentie.

—Está equivocado. Ha venido a quedarse aquí para siempre.

Stacey sonrió.

—No le veo armas en la mano —dijo.

—¿Cree que las necesito? —respondió Lacksom.

—Oiga, no irá a decirme que, de pronto, se va a abrir el suelo bajo mis pies...

—Exacto, capitán, eso es lo que le va a suceder. ¡Ahora mismo!

Stacey vio que Lacksom hacía un ligero movimiento con la pierna derecha y quiso saltar a un lado, pero ya no tuvo tiempo.

El trozo de suelo donde estaba se hundió. Stacey cayó a plomo.

* * *

En el último instante, Stacey hizo una violenta contorsión, estiró los brazos y se agarró al borde de la trampa, quedando suspendido en el vacío. Lacksom abandonó su puesto rápidamente y se acercó al joven.

—Debajo de usted, hay...

—Una fila de puñales con las puntas hacia arriba —dijo Stacey.

—No. Una red de cables, conectados a la alta tensión. Capitán, voy a darme el placer de ver morir electrocutado a un entrometido.

Bentie Lacksom sacó una pistola y la agarró por el cañón, con ánimo de golpear los nudillos del joven. Para hacerlo, tuvo que inclinarse un tanto y Stacey aprovechó la ocasión para alargar su mano con la velocidad del rayo y agarrar a la solapa del traje de su oponente.

Tiró con todas sus fuerzas, sosteniéndose con una sola mano. Lacksom lanzó un chillido de angustia al sentirse lanzado de cabeza a través del hueco.

Stacey se izó a pulso, justo en el instante en que debajo de él se escuchaban unos chasquidos aterradores. Apenas si pudo ver los azulados relámpagos de las descargas eléctricas, porque las dos hojas de la trampa se cerraron automáticamente en cuanto se halló con los dos pies sobre el pavimento.

Con la manga de la chaqueta se enjugó el sudor que inundaba su frente. Había sido un trago muy amargo.

Nunca se había visto en una situación tan apurada. Pero, haciendo un esfuerzo consiguió serenarse.

Pasó al otro lado de la mesa. Debajo de esta, se divisaba un grueso botón, que Lacksom había apretado con el pie. Indudablemente, el mismo interruptor abría la trampa y conectaba los cables a la red de alta tensión.

Sobre la mesa, al lado del teléfono, divisó una pequeña agenda. Para no perder tiempo examinándola allí, se la echó al bolsillo.

La ventana estaba cubierta por unas gruesas cortinas. Stacey las apartó y pudo ver que daban a la parte trasera, a un descampado.

Abrió la ventana, aunque dejó las cortinas en su sitio. Luego se dirigió hacia la puerta.

Goody, el esbirro, estaba de plantón al otro lado.

—Tu jefe quiere estar solo un rato —dijo, a la vez que pasaba por delante de él.

Goody se encogió de hombros y continuó en la misma postura. Stacey llegó a la sala.

Nellie y Lino habían desaparecido. Stacey se preguntó por los motivos que había tenido la muchacha para acudir al Seven Rings Club.

«Ya me enteraré», se dijo.

Y abandonó el local.

Llegó a su casa poco después de medianoche. Se puso ropas cómodas y, sentado en un sillón, con un vaso al alcance de la mano, empezó a repasar las anotaciones de la agenda.

Había muchos números de teléfono, sobre todo, y también se incluían nombres y direcciones. Abundaban los de mujeres.

«Son las que le pedían dinero prestado a espaldas de los maridos», calculó.

Un número de teléfono llamó especialmente su atención, porque no iba precedido de ningún nombre, ni siquiera unas iniciales. Solo llevaba delante una cifra, que no correspondía en modo alguno a las del teléfono.

Era el número 8. Pensativo, Stacey se preguntó qué identidad se ocultaba detrás del guarismo.

Como, por el momento, se sentía incapaz de adivinarlo, tomó la

sensata decisión de meterse en la cama.

«La almohada, tal me dará una buena idea —pensó, en el momento de apagar la luz.

* * *

Estaba enjabonándose la cara, a la mañana siguiente, cuando de improviso gritó:

—¡Eureka!

Se afeitó casi con furia, a fin de terminar cuanto antes. Apenas hubo terminado, se vistió y corrió a leer la guía telefónica.

—Claro, resulta lógico —dijo, después de comprobar el número hallado en la agenda de Lacksom.

Si los directivos de la SK eran siete, era natural que el número ocho correspondiese al secretario general, Morbry.

—Pero está fuera. ¿Dónde diablos ha podido meterse?

El teléfono sonó en aquel momento. Era Nellie.

—Señor Stacey, ¿ha leído la noticia? —preguntó la muchacha.

—Sí, tengo el periódico delante de mí. Habla de una chica amenazada de muerte, que escapó de sus vigilantes, para ir a divertirse a un club nocturno.

Nellie se echó a reír.

—Fue muy divertido, en efecto, pero no le voy a decir ahora cómo burlé la vigilancia de sus amigos —dijo—. Al local de Lacksom no podía ir con aquellos dos sujetos, que olían a guardaespaldas a cien millas de distancia.

—De acuerdo, pero, ¿por qué lo hizo?

—En otra ocasión —insistió ella—. Ahora debe saber que ha sido asesinado otro de los directivos de la Seven Keys.

—¡Rayos! —exclamó Stacey, sin poder contenerse.

—El asesino ha empleado el mismo procedimiento que para matar a Beyle, usted ya sabe cuál es.

Stacey se estremeció.

—No me gustaría que lo emplease en mí —dijo.

—Por supuesto. Pero lo que yo estoy viendo es que ese individuo piensa matar a todos los componentes del consejo directivo de la SK.

—Según parece, esas pudieran ser sus intenciones. Pero no lo hace por venganza.

—¿No lo cree así? Recuerde, muchas familias quedaron en la ruina...

—Y hay una caja, con siete llaves, que contiene veintiocho millones de dólares. Apostaría algo bueno a que dos de esas llaves están ya en poder del asesino.

—Es probable que tenga usted razón —convino Nellie—. ¿Obtuvo algún resultado de su entrevista con Lacksom?

—¿Cómo sabe que yo iba a ver a Lacksom? —se sorprendió él.

—Era muy amigo de Morbry —explicó la chica—. Siguen siéndolo, me imagino.

—Usted no me dijo nada de eso en nuestra entrevista.

—No lo creí de importancia. Luego recordé esa amistad y me pareció conveniente averiguar algo por mi cuenta... ¡Oh, ya le he dicho por qué fui al Seven Rings Club!

—A mí me gustaría saber cómo se escapó de casa. El vestido...

—Es de falda muy corta y no embaraza los movimientos, capitán.

—Y no lleva escote en la espalda.

—Ya conoce los motivos, ¿no?

—Indudablemente. Nellie, ¿está desocupado el piso contiguo al suyo?

Ella lanzó una fuerte carcajada.

—¿Cómo lo ha adivinado? —exclamó.

Y colgó el teléfono.

Stacey hizo lo propio. Durante unos minutos, permaneció sumido en sus propias reflexiones.

Era una lástima, se dijo. Lacksom, seguramente, tenía que conocer el paradero de Morbry.

Pero ahora Lacksom estaba muerto y no podía hablar. Era forzoso aguardar la vuelta del secretario de la SK.

El teléfono sonó de pronto, arrancándole de sus meditaciones.

—Me gustaría recibir informes —dijo Glenda.

—¿A la noche? —sugirió él.

—Las siete y media de la tarde será una hora excelente. Pediré que el cocinero se esmere —dijo ella.

—Haré los honores debidos a la cena... y a la bella anfitriona —prometió él.

CAPÍTULO VII

Glenda estaba sentada en el diván, con las piernas bajo el cuerpo y una copa de champaña en la mano. Stacey se paseaba por la sala, con aire preocupado.

Ella vestía un traje negro, de gran escote, adornado con plumas blancas. El contraste entre blanco y negro del vestido y el rojo de su pelo resultaba fascinante, pero Stacey tenía la mente demasiado cargada para apreciar la belleza de la joven.

—Dos de los directivos han muerto ya —dijo, después de unos minutos de prolongado silencio—. Ahora ya resulta obvio que el asesino ha querido apoderarse de las llaves... y que las muertes continuarán produciéndose, a menos que pongamos remedio de alguna manera.

—¿Se te ocurre a ti alguna idea, Cookie? —preguntó ella.

—¿Acerca de la identidad del asesino? No, indudablemente, no. Además, es preciso tener en cuenta que ambos crímenes se han producido a miles de kilómetros de distancia. ¿Dónde están los cinco directivos supervivientes?

Glenda tomó un sorbo de champaña.

—Solo hay una persona que pueda saberlo, en mi opinión, y aun así, no es seguro —contestó.

—Te refieres a Morbry, sin duda.

—Exacto.

Stacey reanudó sus paseos.

—Lacksom tenía anotado el número de teléfono de Morbry, pero nada más. ¿Dónde diablos se ha metido ahora ese sujeto?

—¿Tienes ahí la agenda de Lacksom? —preguntó ella

—Sí, claro.

—Déjamela, por favor. Tal vez yo encuentre algún dato que pueda resultar de interés.

Stacey estimó la idea de Glenda como aceptable. Mientras ella leía las páginas de la agenda, se sirvió una nueva copa de champaña.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Glenda exclamó:

—¡Cookie, aquí hay un nombre que puede interesarte!

Stacey se acercó a la joven.

—Dímelo, por favor.

—Se llama Beth Milestone. Es una mujer muy guapa. La vi varias veces en compañía de Morbry.

—¿Está ahí su dirección, Glenda?

—Y su número de teléfono también.

Stacey corrió al teléfono. La prueba resultó negativa.

—No está ahora en casa —dijo.

—Irás a verla, supongo.

—Claro que sí, Glenda.

Ella le tendió los brazos.

—Pero en otro momento —dijo con sonrisa invitadora.

Stacey sonrió. Beth Milestone podía esperar.

Glenda estaba mucho más cerca, tentadoramente más cerca.

* * *

A la mañana siguiente, Stacey se llevó una decepción.

—Lo siento, señor. La señora Milestone se halla ausente —manifestó el conserje del edificio.

Stacey torció el gesto.

—¿No sabe usted cuándo volverá? —preguntó.

El conserje puso cara de tonto.

—Comprendo —dijo Stacey.

Y se desprendió de un billete de cinco dólares, pues, según los casos, no convenía exagerar la nota de generosidad.

—Volverá la semana próxima —informó el ahora locuaz conserje.

—¿Puedo pedirle un favor, amigo?

—Claro. Quiere que le avise del regreso de la señora Milestone.

—Me gustaría más que me dijera dónde está ahora...

—Eso ya es excesivo. No lo sé, se lo aseguro.

—Muy bien. Avíseme cuando regrese. Pero no le diga nada a ella. La recompensa por su discreción será un poco más elevada.

Stacey sacó una tarjeta y la puso en manos del conserje.

—Ahí consta mi dirección y mi número de teléfono —indicó.

—Váyase tranquilo —dijo el individuo escuetamente.

Cuando iba a salir, Stacey se tropezó con una persona conocida.

—Si busca a Beth Milestone, pierde el tiempo. Está de viaje —manifestó.

Nellie le miró de hito en hito.

—¿Cómo sabe que busco a la señora Milestone? —preguntó.

—Es amiga de Morbry —Stacey agarró a la muchacha por un brazo y le hizo dar media vuelta—. Vamos, cerca de aquí hay un lugar donde podremos tomar una taza de café sin ser molestados. Y hablar mientras tanto, desde luego.

—Lo dice usted, como si estuviese convencido de que yo voy a seguirle —contestó ella, de no muy buen talante.

—¿Y no va a ser así? —rio Stacey.

Nellie se dejó llevar al sitio indicado. Stacey eligió una mesa apartada y pidió sendas tazas de café.

—Y ahora —dijo, después del primer sorbo de la infusión—, usted va a tener la amabilidad de informarme las razones que la impulsaron a visitar a la señora Milestone.

Nellie titubeó unos instantes.

—Pues bien, diré la verdad —habló al cabo—. Yo también me siento intrigada por este enigma. No sabía nada, y la prueba es que he permanecido quieta hasta que usted vino a visitarme.

—Puntualice: Hasta que vinieron a visitarla dos tipos llamados Ransome y Cody.

—Es lo mismo. Usted me explicó lo que sucedía y yo empecé a pensar que podía hacer algo para ayudarle.

—¡Hum! —dudó Stacey.

—¿Qué, no me cree? Oiga, Lacksom y Morbry eran muy amigos; yo diría, incluso, que Morbry tenía participación en el Seven Rings Club.

—No me extrañaría nada, en efecto. ¿Qué hay de la señora Milestone? ¿La conoció usted personalmente?

—Sí. Es una mujer bellísima. Perdió a su esposo hace un par de años. Alta, distinguida, elegante, pero nunca sofisticada. Me dio la impresión de ser una dama muy virtuosa.

—Lo cual, en los tiempos que corren, no es poco —dijo Stacey con socarronería.

—No se burle —exclamó Nellie, irritada—. Beth Milestone es una mujer maravillosa.

—Parece que usted la admira mucho, Nellie.

—Me gustaría ser como ella, la verdad...

—Bien, dejemos sentado que la señora Milestone, además de

muy hermosa, es también un dechado de virtudes. ¿Qué me cuenta usted de sus relaciones con Morbry?

—Morbry parecía muy interesado por ella. Cualquier hombre lo hubiese estado; usted mismo si la viese... Pero hablábamos de ella y de Morbry, ¿no?

—Eso creo —contestó Stacey, armándose de paciencia.

—Yo creo que ella también se sentía interesada por Morbry. A fin de cuentas, Morbry es un individuo de bastante atractivo físico. Moreno, elegante, con algunas canas en las sienes...

—Vamos, todo un galán maduro.

—Apenas ha pasado de los cuarenta. Es joven, por tanto.

—Sí, claro. Y, ¿qué esperaba usted de Beth Milestone?

—Bueno, ella había ido a las oficinas de la SK algunas veces y nos conocíamos. Conmigo se portó siempre muy amable y deferente. Yo pensaba contarle lo que sucede y ver de obtener de ella alguna información, pero si está ausente...

—Tendremos que aguardar a que vuelva. Ah, por cierto, ¿qué hace esa bella y virtuosa dama? Es decir, ¿a qué se dedica?

—Creo que tiene una pequeña renta que le dejó su esposo. Era investigador biólogo en no sé qué laboratorio... También me parece que tenía unos cuantos bonos en la SK, pero los canjeó para recuperar su importe.

—Un detalle que da mucho que pensar, Nellie.

—¿Por qué lo dice, señor Stacey?

—Ese canje de bonos debió de ser aconsejado por Morbry, quien, seguramente ya sabía lo que se estaba gestando.

—Pero no por ello debemos considerarla cómplice de Morbry. Si yo hubiese comprado bonos de la SK y Morbry me hubiera aconsejado venderlos, ¿tendría que ser considerada también como su cómplice?

Stacey se echó a reír.

—Nellie, voy a darle un consejo —manifestó.

—Sí, señor Stacey.

—No quiera usted desempeñar el papel de detective privado. Vuelva a su trabajo y olvídense de este asunto.

Nellie puso cara hosca.

—Es decir, me considera usted una analfabeta incapaz de...

—¡Nellie, por favor, que yo no he dicho tal cosa! —exclamó

Stacey, consternado.

—Pero lo ha pensado —ella se puso repentinamente en pie—. En cuanto llegue a casa, haré que se vayan esos dos brutos que usted puso para vigilarme. ¡Detesto los animales domésticos!

Y se marchó, taconeando vivamente, mientras Stacey emitía una sonrisa, divertido por la actitud de la muchacha.

* * *

El timbre del teléfono estalló con fuerza. Stacey alargó la mano y levantó el aparato.

—¿Cookie? —sonó una voz femenina, de tonos que él conocía muy bien.

—El mismo. Hola, hermosa, ¿en qué puedo servirte?

—En mucho, si tú quieres. Hace más de una semana que me tienes abandonada...

—El trabajo, el trabajo —suspiró él.

—Cookie, no me irás a decir que trabajas noche y día.

—Casi —respondió Stacey sonriendo—. Pero adelanto muy poco.

—¿Por qué? ¿Puedo saberlo?

—Puedes. Opino que Morbry es la clave del asunto. Pero está ausente y se desconoce su paradero. Por tanto, mientras no regrese...

—¿Y si no regresa?

—Hermosa, mis hombres han pateado miles de kilómetros por aeropuertos, estaciones de ferrocarril y marítimas, agencias de viaje... En ninguna parte tienen la menor idea de que un tal Arthur Morbry haya sacado un pasaje para alguna parte.

—Ha podido hacerlo con nombre supuesto, ¿no crees?

—Sí, pero, ¿cuál es ese nombre supuesto?

—¿Y su descripción física?

—Glenda —dijo Stacey, armándose de paciencia—, hemos pensado en todo. Pero ignoramos el nombre supuesto y su actual aspecto físico. No es tan difícil cambiar la apariencia mediante un disfraz.

—Sí, tienes razón —admitió ella—. No dejes de avisarme apenas sepas algo de interés.

—Así lo haré —prometió Stacey.

Minutos más tarde, sonó el teléfono nuevamente.

—Señor Stacey, soy el conserje de la casa donde vive la señora Milestone. Ella acaba de volver.

CAPÍTULO VIII

Stacey no perdió el tiempo. Media hora más tarde, llamaba a la puerta del departamento de Beth Milestone.

Ella en persona acudió a abrir. Stacey comprobó que, en efecto, era una mujer de gran hermosura. El pelo, negro, estaba dividido en dos bandas a los lados, realzando así los contornos de un óvalo perfecto. Stacey le calculó una edad lindante en los veintiocho años y pudo apreciar también que la sencillez de su indumentaria no excluía una singular elegancia.

—Me llamo Stacey, señora Milestone —se presentó el joven—. Desearía hablar con usted unos minutos, si no tiene inconveniente.

Ella alzó las cejas.

—No vendrá a ofrecerme algún seguro de vida o algo por el estilo —receló.

—Solo vengo a hablar con usted de Arthur Morbry, señora.

Beth pareció sorprenderse.

—Está bien —accedió—. Entre, aunque no tengo mucho que decirle de ese individuo.

—Ah, le llama usted individuo —comentó Stacey.

—No tengo por costumbre emplear calificativos demasiado... hirientes o crudos, usted ya me entiende. Pero debo confesarle que el señor Morbry me defraudó por completo.

—¿En qué sentido, por favor?

—Perdón, no le he ofrecido nada de beber, señor Stacey...

—No se moleste, señora, no me apetece. Hábleme de que el señor Morbry le defraudó a usted.

—Efectivamente —Beth se sentó en un diván y señaló un sillón cercano a su visitante, pero el joven prefirió continuar en pie—. ¿Puedo decir que el señor Morbry es un ladrón?

—Si usted lo estima así, señora Milestone...

—Después del repugnante asunto de la SK, ¿qué otra cosa podría decir de él, señor Stacey?

—Su paradero, señora Milestone.

—¿No está actualmente en su casa?

—Por eso he venido a verla a usted. He sabido que usted y Morbry fueron grandes amigos...

—Amigos, simplemente —puntualizó ella—. La amistad no llegó a más por las razones ya indicadas.

—Pero él le aconsejó a usted que vendiese los bonos de la SK que usted había adquirido.

—Tenían una buena cotización y obtuve una moderada ganancia —explicó ella.

—Comprendo.

—Y luego es cuando se produjo la quiebra de la SK y supe que Morbry había tenido una parte muy importante en esa estafa.

—Por lo cual rompió su amistad en el acto.

—Efectivamente —Beth se puso de pronto en pie—. ¿Quiere algo más de mí, señor Stacey? —preguntó.

Era una clara actitud de despedida, que entendió el joven.

—Solo una cosa, señora —dijo él—. Morbry está escondido; acaso usted pueda darme algún dato sobre el particular...

—Sé que tenía una segunda residencia, una casa para los fines de semana, en las cercanías de Black Eye Lake. No puedo decirle más, se lo aseguro.

Stacey tomó la mano de la dama y la besó galantemente.

—Me siento muy agradecido por un doble motivo, señora: haberla conocido a usted y haber recibido unos informes sumamente estimables —se despidió.

A Beth pareció gustarle el gesto, porque sonrió sumamente complacida.

* * *

—Tenemos que ir a Black Eye Lake, Lino —dijo el joven.

—Y eso, ¿dónde está? —preguntó Salas.

—He consultado el mapa. Hay unos noventa kilómetros.

—¿Cuándo nos ponemos en campaña?

Stacey consultó su reloj.

—Es ya un poco tarde. Iremos mañana por la mañana —decidió—. Nos reuniremos a las nueve.

—Está bien. Ah, los chicos siguen buscando. Morbry debe hallarse en el centro de la Tierra o poco menos. Y aquí tienes un sobre con el informe de las agencias de detectives de Niza y Génova.

—Los leeré a la vuelta —dijo Stacey—. A fin de cuentas,

conozco los detalles principales de las muertes de dos de esos estafadores.

Y se encaminó silbando hacia la puerta de su despacho. Estimaba que un rato de conversación con Nellie podía reportarle ciertos beneficios.

Era preciso ganarse la confianza de la muchacha. Nellie iría diciéndole cosas que recordaría gradualmente, pero, para ello, era preciso no fatigarla con largos interrogatorios.

Entrevistas sucedidas con ciertos intervalos, ninguno de ellos periódico, podían estimular la memoria de Nellie. Así pensaba cuando llamó a la puerta del piso.

—Hola —saludó la muchacha al verle—. ¿Viene a reprocharme algo?

—Usted no es un adefesio, que yo sepa —sonrió él—. A un hombre joven siempre le agrada contemplar una cara bonita.

—No me fío —dijo Nellie—. Pero, a pesar de todo, le daré una taza de café.

—Y hablaremos.

—¿Tenemos que hablar de algo? —preguntó la muchacha, mientras cerraba la puerta.

—A usted, ¿qué le parece?

Nellie soltó una corta carcajada.

—Voy a preparar el café —dijo, eludiendo una respuesta concreta.

Stacey quedó solo en la salita. Encendió un cigarrillo y empezó a contemplar los elementos de la decoración.

Había un gran jarrón, con rosas rojas, que prestaba un singular encanto al ambiente. El jarrón no parecía ser de gran precio, pero tenía un diseño muy bonito. Stacey se acercó y aspiró unos instantes el olor de las rosas.

Con el aroma le llegó un sonido extraño.

Miró a derecha e izquierda y por todas partes. El diminuto reloj de sobremesa que había sobre un aparador no hacía tanto ruido como para escucharlo desde donde él se encontraba.

Metió la cabeza, ligeramente ladeada, en el ramo de flores. El «tic-tac» procedía de allí, indudablemente.

—¡Nellie! —gritó—. Venga inmediatamente.

Ella acudió a la carrera.

—¿Qué sucede, señor Stacey? —preguntó.

—¿Quién le ha regalado estas flores? —quiso saber él.

La muchacha se mostró desconcertada.

—Pues... llegaron con una tarjeta... Estaba firmada por «un admirador», pero no se me ocurre quién pueda ser. El jarrón es precioso.

—Y vino con las flores, ¿verdad?

—Sí, ¿cómo lo sabe usted? —se extrañó Nellie.

Stacey sacó las flores con gran cuidado y escrutó el interior del jarrón. La caja mortífera estaba en el fondo.

El joven se puso pálido.

—Me pregunto cuándo va a estallar —dijo.

—¿Qué es lo que tiene que estallar? —inquirió Nellie.

—La bomba que le enviaron con el jarrón.

Nellie tuvo que sentarse en un sillón cercano.

—¿Ha... hay una bo... bomba en el jarrón? —tartamudeó.

Stacey no contestó. Había metido la mano en el interior del jarrón y trataba de sacar la bomba. Al fin, pudo ponerla sobre una mesa y la estudió unos instantes, mientras ella le contemplaba horrorizada.

—Tráigame unas tijeras, pronto —pidió él.

Nellie corrió a obedecer la orden. Stacey levantó la tapa de la bomba con gran cuidado y dejó los mecanismos al descubierto.

—¡Rápido, Nellie! —gritó—. Solo queda un minuto.

Ella apareció de nuevo, con unas tijeras de cocina en la mano. Instantes después, los cables habían sido cortados.

Stacey lanzó un hondo suspiro de alivio cuando vio que el peligro había pasado.

—¿Cuánto tiempo hace que le trajeron el jarrón? —preguntó.

—Una media hora, tal vez un poco más, pero, de todas formas, no hace aún una hora.

—Y no puso agua a las flores.

—Pensé hacerlo, pero se me pasó...

—Entonces, ya puede dar gracias por su olvido, porque de haber llenado de agua el jarrón, el «tic-tac» no habría salido al exterior y yo no lo hubiera escuchado. —Stacey le enseñó los explosivos—. Nada menos que el equivalente de tres cartuchos de dinamita.

—Si... si... siento que necesito algo más que café...

—Ponga dos —indicó él, sonriendo.

Pero las manos de la muchacha temblaban demasiado y fue el propio Stacey quien hubo de llenar las copas.

—No comprendo quién pudo desear mi muerte... —dijo Nellie un poco más tarde, algo más calmada.

—Yo apostaría que Morbry tuvo mucho que ver con este obsequio —manifestó Stacey—. Desde su escondite por supuesto.

—Que nadie sabe cuál es.

Stacey contempló una vez más los restos ya inofensivos de la bomba.

—Buscamos continuamente, pero no aparece —dijo, sintiéndose de repente muy fastidiado.

De pronto, sonó el teléfono.

—Yo lo atenderé —exclamó Stacey, acercándose al aparato. Lo levantó y dijo—: Residencia de Nellie Fox.

—Ya lo sé, hombre —sonó la socarrona voz de Salas—. Por eso te llamo, Cookie.

—Con noticias, supongo.

—Supones bien, Cookie. Ya hemos dado con el constructor de la caja de las siete llaves,

—Muy interesante. ¿Quién lo ha conseguido?

—Sandro y Mickey, a dúo.

—¿Han hablado con él? ¿Qué dice?

—Solo ha admitido la construcción de la caja, pero se ha negado a dar más detalles. Es un artesano, ¿comprendes?

—Algo de eso me imaginaba, Lino. Bien, de todas formas, no podemos variar nuestros planes. Mañana iremos a Black Eye Lake. Después nos entrevistaremos con el constructor de la caja.

—Muy bien.

Stacey dejó el teléfono en su sitio.

—Nellie, en lo sucesivo no admita más obsequios de desconocidos —aconsejó—. Y no haga pedidos por teléfono a la tienda de comestibles; vaya a comprar en persona. ¿Me ha entendido?

—Así lo haré, capitán —prometió la muchacha.

—Me llamo Bill, pero los amigos acostumbran a usar el apodo de Cookie —dijo Stacey con brillante sonrisa.

CAPÍTULO IX

Stacey detuvo el coche a prudente distancia de la casa de Morbry y contempló el panorama con ojos escrutadores.

—¿Encontraremos algo? —preguntó Salas.

Stacey guardó silencio. Sus ojos recorrían el panorama, con el lago al fondo. La casa estaba al otro lado de un grupo de álamos y quedaba casi invisible desde aquel lugar.

El motor del automóvil estaba todavía en marcha. Stacey arrimó el vehículo a un lado del camino, cortó el contacto y saltó al suelo.

—Vamos —dijo lacónicamente.

Los dos hombres cubrieron a campo traviesa el último tramo del camino. La casa de Morbry quedó al descubierto.

—Parece deshabitada —comentó Salas.

—No creo que esté aquí y tampoco creo que encontremos nada de interés, pero me parece que debemos registrar la casa, pese a todo —contestó Stacey.

Se acercaron al edificio. Salas dio la vuelta completa, buscando una entrada.

Las ventanas estaban cerradas. Stacey se reunió con su ayudante,

—Tendremos que entrar, como sea —dijo.

El codo de Salas golpeó uno de los cristales. Pasó la mano por el hueco y soltó la falleba.

—Paso libre, jefe.

Stacey entró en la casa. Todo aparecía en orden, pero dando la sensación de que estaba deshabitada desde hacía algunas semanas.

Una hora más tarde, se dieron por vencidos.

—Morbry es un tipo muy listo —comentó Salas—. No ha dejado tras sí el menor rastro que pueda indicarnos su actual paradero.

Stacey se sentía chasqueado.

—Tendremos que volvernos —masculló.

Y se encaminaron hacia el automóvil.

Cuando ya se disponía a subir al vehículo, otro coche pasó por delante de ellos a gran velocidad.

Iba conducido por una mujer. Stacey no pudo apreciar bien sus rasgos fisonómicos, debido a que llevaba puesto un pañuelo que cubría totalmente su cabeza, anudado bajo la barbilla y, además,

usaba unas grandes gafas de color.

—Juraría... —murmuró.

—¿La has reconocido? —preguntó Salas.

Stacey hizo un gesto negativo.

—No he podido verle ni el pelo ni los ojos —contestó.

¿Glenda? ¿Nellie? ¿Beth Milestone?

La visión había sido demasiado fugaz para concretar un nombre.

—Vamos a ver al constructor de la caja de las siete llaves —dijo.

* * *

Tim Mac Ready vivía en una casita situada en las afueras de la población. Era un sujeto de unos cincuenta y tantos años, menudo, casi calvo y con unos lentes de pinza, que le conferían un aspecto algo anticuado.

—Sí, yo construí la caja —admitió—. En mi taller. Lo tengo en la trasera de la casa. Hago cajas especiales para el que me lo pide. Y no soy barato cobrando, lo advierto de antemano. ¿Quieren ustedes que les construya otra caja idéntica?

—Pues mire, no sería mala idea —sonrió Stacey—. Pero, por el momento, lo que necesitamos son ciertos datos...

—Soy fiel a mis clientes —dijo de modo significativo.

Stacey no se inmutó y sacó a relucir un fajo de billetes. Mac Ready lanzó una risita.

—¿Cuánto hay ahí? —preguntó.

—Quinientos, puede que más...

—Por construir la caja de las siete llaves, cobré diez mil —dijo el individuo—. Fue un magnífico negocio, aunque, eso sí, lo hice a conciencia.

—¿Colocó también las trampas? —preguntó Stacey.

—Claro. Formaba parte del contrato.

—Ya entiendo. Pero usted ha dicho antes que podría construirnos otra caja idéntica.

—Si se atienen a dos condiciones...

—Expréselas, por favor —pidió Stacey, un tanto irritado porque Mac Ready parecía burlarse de ellos.

—Les costará quince mil dólares, en primer lugar. Después tendrán que aguardar un par de años.

—¡Diablos! —respingó Salas, atónito.

—Tengo muchos pedidos y han de aguardar un turno riguroso.

—¿Qué me dice del precio? —preguntó Stacey—. Es un cincuenta por ciento más caro del que cobró a Morbry.

—Trabajo solo, por mi cuenta, y puedo cobrar lo que me parezca —respondió Mac Ready fríamente—. Yo mismo fijo mis propias tarifas.

—Pero, en cambio, no sabe calificarse a usted mismo —dijo Salas.

—¿Cómo lo haría usted? —preguntó el sujeto, con aire impertinente.

—Cínico.

Mac Ready dejó de sonreír.

—Váyanse —dijo.

—Sí, será mejor, porque de lo contrario, voy a explotar —masculló Stacey.

Abandonaron la casa. A Stacey se lo llevaban los demonios.

—Se ha burlado de nosotros —dijo, mientras hacía funcionar el contacto de su coche.

Mientras, Mac Ready volvía a su taller. Un individuo, vestido con ropas oscuras y cubiertos los ojos con gafas de color, aguardaba allí.

—¿Se han ido ya? —preguntó Arthur Morbry.

Mac Ready soltó una risita.

—Todo ha salido a pedir de boca —contestó.

—Sí, tengo visión de futuro —admitió Morbry con acento intrascendente—. Tim, no es cierto que pueda usted tardar dos años en construirles la caja.

—Hombre, disponiendo de los materiales precisos, en un mes...

—Ya —dijo Morbry—. Y si ellos vuelven otro día y traen los quince mil dólares, e incluso más, para convencerle de que se salte el turno en los encargos, usted les construiría una réplica exacta de la caja, a fin de que ellos pudieran estudiar detenidamente sus mecanismos.

—Soy fiel a mis clientes, señor Morbry —aseguró Mac Ready.

—No lo dudo, pero prefiero asegurarme de su fidelidad a mi manera.

Mac Ready le miró extrañado. Instantes después, vio una pistola en la mano de Morbry.

La pistola tenía silenciador. Mac Ready lanzó un chillido.

Su voz resultó más potente que el estampido del arma. Mac Ready se tambaleó y cayó al suelo.

Todavía se agitaba, aunque débilmente. Morbry se aseguró de su definitivo silencio mediante un segundo disparo a la cabeza.

* * *

—Estoy muy resentida contigo —dijo Glenda a través del hilo telefónico.

—Querida, mi contrato me obliga a trabajar a fondo. No puedo distraerme...

—¿Ni siquiera conmigo? —preguntó ella mimosamente.

—El deber es lo primero. Pero he de admitir que me encuentro como un barco encallado en las rocas: sin poder llegar a puerto.

—¿No has adelantado nada?

—Muy poco. Morbry sigue inhallable y, en cuanto al constructor de la caja, me puso unas condiciones inaceptables para hacerme otra.

—Si se trata de dinero, no vaciles. Paga lo que te pida.

—A pesar de ello, dijo que tardaría dos años, Glenda.

—Demasiado —reconoció ella, decepcionada.

—Eso es lo que yo opino. Bien, tengo que seguir trabajando. Te llamaré en otro momento.

—No tardes, Cookie.

Stacey volvió el teléfono a su sitio. Pensativo, mordió el cabo del lápiz que tenía en la mano.

Se preguntó dónde podrían hallarse los cinco supervivientes de la sociedad. Tenía la seguridad de que, no solo habían cambiado de aspecto físico, sino también de nombre.

Y en tal caso, ¿cómo hallarlos?

Era una empresa punto menos que imposible, reconoció, desanimado.

Sacó una carpeta donde tenía las fotografías de los componentes de la directiva de SK. Allí estaban los siete estafadores, más el número ocho, Morbry.

La mujer, Annette Leroy también estaba representada en la colección de fotografías. Tenía el pelo rubio, liso, tirante hacia atrás, y usaba unas gafas de intelectual. Era fácil ver que la

fotografía había sido hecha sin maquillaje.

—Por lo visto, no le gusta pintarse —murmuró.

De pronto, llamaron a la puerta.

Stacey se levantó y abrió. Era Nellie Fox.

—Hola —dijo, sonriendo radiantemente—. ¿Molesto?

—Me servirá de distracción. Entre.

—¿Distracción? Eso me huele muy mal —dijo ella.

—No dé a mis palabras un doble sentido, Nellie. Quise decir que tengo la cabeza un poco cargada de tanto pensar en este asunto. Usted me distraerá, al dejar de pensar... Bueno, ya me entiende, ¿no?

Nellie volvió a sonreír.

—¿De qué quiere que hablemos? —preguntó.

—Del «Punto Cero», por ejemplo.

—Eso sería volver al mismo tema, Cookie,

—Ya lo sé, pero es que no me lo puedo quitar de la cabeza.

Nellie se acercó a la mesa y vio las fotografías extendidas en hilera. Dos se hallaban ligeramente apartadas,

—Son las de Beyle y Fartoni —aclaró él.

—Y esta es la de la señorita Leroy —dijo Nellie.

—Usted la conoció bien, por lo menos la vio muchas veces —manifestó Stacey—. En persona, ¿es tal como aparece en la fotografía?

—Sí. No tenía mucho atractivo, a decir verdad. Vestía horriblemente; yo creo que, si se hubiese arreglado un poco más, habría parecido hasta bonita. Pero ya sabe usted; hay mujeres a las cuales su aspecto físico les tiene sin cuidado.

—Sí, podrían considerarse como seres híbridos, para las cuales el atractivo sexual no existe. Lo mismo les daría ser hombres; solo miran su trabajo...

El teléfono volvió a sonar.

Era Salas.

—Cookie, dos noticias —anunció—: Una, Mac Ready ha sido asesinado. Otra, hemos encontrado la guarida de uno de los directivos de la SK, Ed Wayde.

CAPÍTULO X

Nellie se había apoderado del auricular supletorio con todo desparpajo y escuchó el informe de Salas al mismo tiempo que el joven. Su cara expresó consternación.

—¿Qué se sabe de la muerte de Mac Ready? —preguntó Stacey.

—Dos balazos, uno en el pecho y otro en la cabeza. Murió en menos de diez segundos.

—Una boca que se cierra —comentó Stacey sombríamente—. Nos engañó, es evidente.

—Eso creo yo —concordó Salas—. Podía habernos hecho la caja en mucho menos tiempo y tal vez sin cobrar tanto dinero.

—El que lo mató, pensó que nosotros podíamos ofrecerle, no solo los quince mil dólares, sino también mucho más. No olvides que son muchos millones los que están en danza, Lino.

—Eso es cierto, Cookie.

—Bueno, ahora, hablemos de la guarida de Wayde. Supongo que estará vigilada.

—Cierto. Mickey y Sandro están allí y no la pierden de vista un solo momento.

—Wayde estará en la casa, me imagino.

—Sí. Cambió su aspecto. Ahora tiene el pelo negro y un bigote muy grande. Usaba gafas corrientemente, pero ha debido de ponerse lentes de contacto.

—De esa forma, debe de resultar irreconocible —Stacey consultó su reloj—. Ven a buscarme a las nueve de la noche, Lino.

—De acuerdo, Cookie.

Stacey miró a la muchacha al terminar la conversación.

—¿Satisfecha su curiosidad? —preguntó.

—No del todo —respondió ella.

—¿Qué le falta por saber, Nellie?

—El resultado de su entrevista con Ed Wayde.

Stacey se reclinó en su sillón y la miró fijamente.

—Parece como si usted tuviera un interés muy particular en conocer el resultado de este embrollo —comentó.

—Lo tengo —admitió Nellie sin pestañear.

—Bien, explique los motivos, por favor.

—Creo que ya es hora de que se lo explique, Cookie. Mis hermanos perdieron cincuenta mil dólares en la estafa de la SK.

Stacey lanzó un silbido.

—Yo les recomendé que comprasen bonos de la SK. Parecía una buena inversión, Cookie —añadió Nellie.

—Indudablemente —convino Stacey.

Nellie bajó los ojos.

—Me siento culpable de esa pérdida —murmuró—. Mi hermana y su esposo no me mirarán más a la cara.

Stacey sonrió comprensivamente.

—Recuperaremos su dinero —dijo.

—Por eso quiero acompañarle esta noche a casa de Wayde —exclamó ella con vehemencia.

Stacey titubeó un momento, pero acabó por acceder.

—Conforme. Aunque he de imponerle una condición —dijo.

—La acepto —contestó Nellie rápidamente.

—Oír, ver, callar... y estarse quietecita en todo momento. ¿Ha comprendido?

—Sí, Cookie —respondió la muchacha con brillante sonrisa.

* * *

Ed Wayde estaba sentado en un cómodo sillón, muy satisfecho de la vida. Frente a él, la pantalla del televisor transmitía las vibrantes imágenes de una movida película de vaqueros.

Las pistolas y los puñetazos se sucedían casi sin interrupción. Wayde pensaba en que, dentro de pocos meses, podría disfrutar de cosas mejores que una película del Oeste.

También pensaba, a veces, en Beyle y en Fartoni, muertos misteriosamente. Pero no sentía demasiado aquellas muertes.

—Ahora somos cinco —murmuró.

Si antes tocaban a cuatro millones por barba, de cuya suma sería preciso descontar la parte atribuida a Morbry, ahora les corresponderían bastante más de cuatro millones.

«Fue un buen asunto, el de la Seven Keys», se dijo.

Lo incómodo de todo era tener que permanecer demasiado tiempo encerrado y con el disfraz de un tal John Jameson. Quizá debiera adoptar aquella personalidad definitivamente.

Pero tampoco lo lamentaba demasiado. Formaba parte del

«trabajo».

«Y la recompensa va a ser más que principesca», pensó, justo en el momento en que sentía un picotazo en el cuello.

Con la mano, se golpeó instintivamente la zona afectada. De pronto, recordó las características de las muertes de los otros dos socios.

El horror asomó a su cara. Quiso correr hacia el teléfono, incluso lo tocó, pero las fuerzas le fallaron muy pronto y rodó por tierra.

En la pantalla, el héroe y el villano se aprestaban a sostener el duelo final en la calle Mayor del pueblo. Wayde ya no se enteró del final del duelo.

Una figura, vestida de negro, entró silenciosamente en la estancia y se arrodilló junto al caído. La llave que pendía del cuello de Wayde pasó a su poder.

* * *

Stacey detuvo el coche frente a la casa y abrió la portezuela, Nellie y Salas se apearon de inmediato.

Sandro se acercó a ellos.

—Todo en orden —informó.

—¿Dónde está Mickey? —preguntó el joven.

—Vigila la parte posterior —contestó Sandro.

—Está bien. Sandro, vaya con Mickey; tal vez Wayde quiera escapar por allí. No se lo permitan bajo ningún concepto.

—Sí, señor.

Stacey y los otros echaron a andar hacia la casa. Desde la puerta, se oyeron notas musicales, procedentes del televisor.

El joven llamó. Nadie acudió a abrir.

De pronto, se oyeron pasos precipitados. Salas puso mano en la pistola que llevaba bajo la chaqueta.

Sandro apareció por la próxima esquina, muy alterado.

—Jefe, Mickey está caído... Creo que tiene un fuerte golpe en la cabeza...

Stacey lanzó una maldición.

—Vamos a ver —dijo.

Y echó a correr hacia la parte trasera del edificio.

Mickey yacía en el suelo, completamente inconsciente. Stacey le pasó la mano por la cabeza, encontrando un fuerte chichón en la

nuca.

—Yo le atenderé —se ofreció Nellie, arrodillándose junto al caído.

Stacey temía lo peor. Sus presentimientos se confirmaron cuando entró en la casa y vio el cuerpo de Wayde tendido al pie de la mesita del teléfono.

La mano derecha del muerto estaba extendida. Saltaba a la vista, que había intentado usar el teléfono, pero los efectos del veneno eran demasiado rápidos.

Stacey apreció en su cuello un puntito rojizo.

—Por aquí ha entrado la aguja portadora del veneno —dijo.

—¿Curare? —sugirió Salas.

—No. El curare es mortífero, ciertamente, pero a partir de determinadas dosis, no muy grandes, sin embargo. La aguja que está dentro del cuello de Wayde mide unos doce milímetros de longitud por uno de diámetro y penetra muy profundamente.

—Bueno, pero los científicos habrán analizado el tóxico —supuso Salas.

—Se disuelve en la sangre casi instantáneamente y su localización, o su análisis, mejor dicho, resulta casi imposible en la práctica, debido a que se desconoce su naturaleza.

—En resumen, que hay que ser premio Nobel de química para saber de qué veneno se trata.

Stacey sonrió.

—Ni siquiera un premio Nobel de Química podría decirnos la clase de veneno empleado por el asesino —contestó.

—Hay algo en lo que no te has fijado, tal vez —dijo Salas.

—¿Sí, Lino?

—La llave. No la tiene encima.

—Era de esperar —respondió el joven—. El asesino no mata por venganza, sino por conseguir un botín de veintiocho millones de dólares.

Nellie y Mickey entraron en aquel momento. Mickey sostenía contra su nuca un pañuelo mojado.

—Jefe, no sé cómo disculparme.

Nellie se estremeció al ver el cuerpo tendido en el suelo.

—¿Muerto? —preguntó a media voz.

—Sí —confirmó Stacey—. Mickey, no se lo reproche. Usted hizo

lo que pudo.

—Gracias, jefe. El tipo se movía como un gato... quiero decir, que no me enteré de nada. Estoy por jurar que ni siquiera me enteré del golpe.

—Has sido muy afortunado, Mickey —terció Salas—. El asesino pudo haber usado algo más que una simple porra para quitarte de en medio.

—Por lo visto, su interés se centra exclusivamente en los poseedores de las llaves —comentó Stacey—. Bien, lo mejor será que abandonemos este lugar. La policía se encargará del resto.

Ni siquiera se molestó en registrar la casa. Íntimamente, estaba convencido de que la ubicación del «Punto Cero» se hallaba registrada solo en los cerebros de los estafadores.

«Es un dato demasiado valioso para confiarlo a algún papel», se dijo, mientras emprendían una discreta retirada del lugar del asesinato.

* * *

Por la mañana recibió una llamada completamente inesperada.

—Soy Beth Milestone —dijo la voz femenina—. Tengo interés en hablar con usted, señor Stacey.

—Estoy a su entera disposición, señora Milestone —contestó el joven.

—Muy amable. Esta mañana he de salir de compras. Le espero a las tres, señor Stacey. ¿Resulta una hora perturbadora para usted?

—En absoluto, pero... ¿no puede anticiparme de algún modo el tema de la conversación?

—Prefiero hacerlo en persona, señor Stacey.

—Muy bien, a su gusto. A las tres en punto llamaré a la puerta de su casa, señora Milestone.

Al terminar el breve diálogo, Stacey se recostó en su sillón y encendió un cigarrillo. Mientras contemplaba las azuladas nubes de humo, pensó que resultarla agradable contemplar de nuevo el bello rostro de Beth Milestone.

CAPÍTULO XI

Sí, era una mujer muy hermosa, se dijo Stacey, al contemplarla a través de la puerta recién abierta. Y era preciso reconocer que Beth sabía hacer resaltar su enorme atractivo físico.

Ella vestía ahora una especie de túnica negra, larga hasta los pies, con orlas en forma de grecas de dibujo muy sencillo, de tejido de oro. El pelo estaba peinado artísticamente, a la griega, lo que componía un contraste de singular atractivo. La sonrisa de la mujer era asimismo subyugadora.

—Gracias por haber venido, señor Stacey —dijo con voz de tonos cálidos y acariciadores, a la vez que la entregaba la mano—. Pase, por favor.

Beth le condujo hasta la sala. Una vez allí, se dirigió a una elegante barra y puso dos vasos sobre la misma.

—Me gustaría ofrecerle su bebida favorita —dijo.

—Escocés, si no le importa, señora Milestone.

—Claro.

Beth vertió whisky en un vaso. En el otro puso jerez.

—Me gustan las bebidas más suaves —declaró.

La barra tenía dos taburetes. Beth ocupó uno de ellos y cruzó las piernas.

—Señor Stacey, según usted mismo me dijo, está haciendo investigaciones sobre los directivos de la SK.

—Es cierto, señora Milestone...

—Por favor, suprima los tratamientos ceremoniosos —rogó ella—. ¿Es que no conoce mi nombre?

Stacey tomó un trago.

—A mí suelen llamarme Cookie —dijo—. Pero no me enfado si usan mi nombre verdadero, Bill.

—Cookie es más simpático —decidió ella—. ¿Puedo preguntarle cómo van sus investigaciones? ¿O lo tomaría usted por un exceso de curiosidad?

—En todo caso, me gustaría saber a qué se debe la curiosidad, señora Milestone... perdón, Beth.

—Perdí una buena suma de dinero con la quiebra de la SK.

—Y le interesa recobrarlo.

—No soy rica, Cookie.

Stacey paseó la vista por la decoración. Ella comprendió su gesto y emitió una breve carcajada.

—Las apariencias, a veces, pueden engañar —dijo.

—No lo dudo, Beth, pero....

—Mi esposo, al morir, me dejó una buena póliza de seguros. Además, había ahorrado bastante. Yo tenía también un pequeño capital. Pero, como ya digo, una gran parte del mismo se perdió en el desdichado asunto de la SK.

—Bien, acepto sus explicaciones. Ahora, usted quiere saber qué es lo que he conseguido en el caso que tengo entre manos.

Los ojos de Beth le miraron profundamente.

—¿Lo toma como un asunto de extrema reserva, Cookie?

—En cierto modo, así es. Pero, por favor, dígame usted primero qué es lo que sabe de la quiebra, que, al ser fraudulenta, resulta una estafa, y luego hablaré yo.

—Está bien. En primer lugar, han muerto tres de los directivos de la Compañía. En segundo, sé que hay una enorme suma de dinero depositada en alguna parte. Ellos fueron haciendo extracciones en secreto de las cuentas bancarias, hasta que dejaron vacías las arcas de la SK. Entonces fue cuando sobrevino la catástrofe.

—Muy sucintamente, así ocurrió —convino Stacey—. Tal vez, sin embargo, se ha olvidado del secretario general de la SK, Arthur Morbry.

—No me he olvidado, Cookie —manifestó ella—. Según todos mis informes, fue uno de los principales artífices de la estafa. El botín se repartirá algún día a partes iguales entre todos los autores de la misma.

—¿Incluido Morbry? —se sorprendió Stacey.

—¿Por qué no? ¿Le extraña, Cookie?

—Yo tenía entendido que solo iba a percibir un porcentaje, muy elevado, eso sí, pero...

—Está usted en un error a ese respecto —dijo Beth—. Arthur recibirá una parte del botín igual a la de los otros.

Stacey entornó los ojos.

—En total, pues, eran ocho. Han muerto tres, quedan cinco. Por tanto, tocan a...

—Cinco millones seiscientos mil dólares.

—Exactamente —corroboró Beth con una sonrisa.

—Hasta ahora, no me ha dicho usted nada de relativa importancia, Beth. Puede decirse que todo eso lo sabía ya —se quejó Stacey.

Beth seguía sonriendo extrañamente. De pronto, se apeó del taburete y caminó hacia un diván, en el que se reclinó con lánguida postura.

—Venga a mi lado, Cookie —invitó—. Estará más cómodo, creo.

Stacey apuró el contenido de su copa. Luego se acercó a la joven.

—¿Por qué no habla de una vez? —pidió—. Dijo que quería hacerlo en persona...

Beth alargó su mano y tiró de él.

—Siéntese a mi lado —insistió—. ¿O acaso le doy miedo?

—Usted quiere que yo reaccione diciendo: «¿Miedo yo? ¡Soy un hombre y nunca he tenido miedo de las mujeres y menos de las mujeres hermosas!» ¿No es esa la respuesta que esperaba?

Ella exhaló una argentina carcajada.

—Es usted terriblemente astuto, Cookie. Pero siéntese primero a mi lado y luego le diré el sitio donde puede encontrar a Morbry —dijo.

Aquello parecía muy interesante, pensó Stacey. Se sentó junto a Beth y ya, sin más ceremonias, pasó un brazo por un talle de singular esbeltez.

Los ojos de Beth eran profundos, insondables. Stacey se dio cuenta, al tacto, de que la túnica era la única prenda que ella llevaba puesta sobre su cuerpo de diosa.

Se inclinó hacia Beth, buscando sus labios. Ella no dio muestras de rechazarle.

—¿Me dirás el escondite de Morbry antes o después? —preguntó.

La mano de Beth pasó detrás de la nuca del joven y lo atrajo hacia sí.

—Cada cosa a su tiempo —susurró con voz ardiente de pasión.

* * *

Stacey tiró de la corredera de la pistola y comprobó que el arma

funcionaba perfectamente.

—A eso no hay derecho, Cookie —se quejó Salas con voz plañidera.

—Escucha, Lino, ya te he dicho lo que hay. No quiero que nadie corra riesgos...

—Los riesgos, repartidos entre dos se reducen a la mitad —insistió el gigante.

—Iré yo solo, Lino —decretó el joven con voz que no admitía réplica.

—Está bien, está bien, y si te metes de cabeza en la boca del lobo, ¿quién te sacará?

Stacey sonrió. Abrió el cajón de su mesa y sacó dos cargadores más, que colocó en sendas cartucheras colocadas discretamente en el cinturón.

—Desde luego, eres un tío con toda la barba —exclamó Salas, admirado—. ¿Cómo diablos llegaste a enterarte del escondite de Morbry?

—Hombre, Lino, hay cosas que no se pueden divulgar...

—¡Hum! Apostaría a que la bella señora Milestone tuvo bastante que ver con esa información.

—Y acertarías un pleno —sonrió Stacey.

—Lo que son las apariencias, Cookie. No sé quién le echó encima esa fama de virtuosa...

—¿Quién es la dama virtuosa? —preguntó de repente una voz fresca y juvenil.

—¡Atiza! —exclamó Salas—. Es Nellie Fox.

La joven sonreía desde la entrada.

—Llamé y nadie me contestaba...

—Sí, lo mismo que cuando escuchó a Morbry el nombre del «Punto Cero» —dijo Stacey malhumoradamente.

—Bueno, en la presente ocasión, debo admitir que entreabrí un poco la puerta —confesó Nellie desenvueltamente—. Solo escuché lo de dama virtuosa...

—Yo dije fama de virtuosa —puntualizó Salas.

—Ah, creí que se referían a Beth Milestone.

Los dos hombres intercambiaron una mirada. Nellie captó el gesto.

—Sí, estaban hablando de la señora Milestone —dijo—. ¿Qué le

sucede? ¿Ha perdido la virtud?

Salas se sintió de repente acometido por un violento acceso de tos. Stacey procuró mantener la impassibilidad de su rostro.

—Es inútil, Cookie —siguió Nellie, implacable—. Se ha puesto colorado hasta las orejas.

—¿Y qué? —gruñó el joven malhumoradamente—. Beth me dijo lo que me interesaba saber, es decir, el escondite de Morbry.

—Caramba, ya la llama Beth y todo. ¡Qué confianza! —dijo Nellie burlonamente, a la vez que se sentaba en un ángulo de la mesa—. De modo que tuvo que hacer de don Juan para conseguir el objetivo.

Stacey dudó un momento. ¿Cuál de los dos había sido el conquistado?, se preguntó.

—Ejem, ejem... —carraspeó—. A fin de cuentas, no soy un adefesio en masculino, Nellie.

—Cuestión de opiniones. A mí no me gusta usted nada, lo que se dice nada. Por eso no habría tenido éxito conmigo.

—¡Oiga, que yo no he pretendido conquistarla! —protestó Stacey.

Salas se desternillaba de risa. El joven le dirigió una mirada furibunda.

—Bueno, me voy...

—Váyase, pero tenga en cuenta que lo hace ignorando la mitad de las cosas que debe saber acerca de Morbry —dijo Nellie displicentemente.

Stacey se detuvo en seco, ya con la mano en el pomo de la puerta.

—¿Qué es lo que sabe usted? —preguntó.

—Como a mí no ha intentado conquistarme, ¿para qué me voy a molestar en decírselo?

Stacey permaneció quieto unos instantes. Luego, de repente, arrancó hacia la muchacha, la agarró por la cintura y, antes de que ella pudiera evitarlo, la besó con fuerza.

—¿Le gustan mis métodos de conquista? —preguntó, al separarse.

Nellie estaba sin aliento.

—¡Hombre de las cavernas! —le apostrofó.

Salas había tenido que sentarse en un sillón. Las lágrimas

corrían abundantemente por sus mejillas.

—¿Lo repito? —preguntó Stacey.

—¡No! —chilló la muchacha—. Se lo diré, sátiro ateniense...

—Pero, bueno, ¿se puede saber qué es? —exclamó el joven, ardiendo de impaciencia.

—El otro nombre que usa Morbry y bajo el cual, seguramente, está viviendo con toda tranquilidad, esperando que llegue el momento del reparto del botín —dijo Nellie.

—¿Y ese nombre es...?

—Rod Curwood.

Stacey ya no esperó a más. Instantes después, salía en tromba de la habitación.

CAPÍTULO XII

El lugar era solitario. Era el sitio adecuado para un hombre que quisiera gozar del íntimo contacto con los placeres de la naturaleza, a pesar de que se hallaba a muy pocos kilómetros de una pequeña localidad. Altas montañas lo flanqueaban por el norte, proporcionándole así un abrigo contra los vientos invernales. Por el centro del valle pasaba un riachuelo bordeado de álamos.

La casa era de construcción rústica. Estaba apoyada en el borde de un pequeño escarpado y tenía una explanada cubierta de hierba, con el correspondiente espacio cubierto para estacionamiento de vehículos. Era de una sola planta, pero Stacey desde prudente distancia advirtió por medio de unos prismáticos que la rusticidad de la construcción era enteramente deliberada. No había nada de antiguo en el edificio.

Se preguntó si sería mejor llegar a pie, discretamente, o irrumpir a toda velocidad con el coche. Todavía no había resuelto la duda, cuando de repente apareció otro automóvil que se detuvo junto al suyo con gran chirriar de frenos.

Dos hombres, ambos empuñando sendas pistolas, saltaron del vehículo y encañonaron a Stacey, sin dejarle reaccionar.

—Será mejor que se dé la vuelta, amiguito —dijo uno de ellos.

—Hágalo o tendremos que empezar en pensar en una tumba para usted —agregó el otro.

—Y nada nos agradaría más que sudar una hora, cavando esa tumba —sonrió el primero que había hablado.

Stacey reconoció al individuo. Era el guardaespaldas de confianza de Lacksom. Ello corroboraba las informaciones recibidas al respecto; Morbry tenía participación en el Seven Rings Club.

O tal vez era el dueño auténtico y Lacksom solo un figurón, pero, en todo caso, poco importaba.

—Supongo que esa orden proviene de un tipo llamado Rod Curwood —dijo, sonriendo.

—El nombre no importa —contestó Goody con un gruñido—. Vamos, al coche.

—Espera —intervino el otro—. Antes hay que quitarle la dentadura.

Stacey separó los brazos del cuerpo, sin dejar de sonreír. El compañero de Goody se le acercó, puso la boca de la pistola en su estómago y metió la mano en el interior de la chaqueta, quedándose así con la pistola del joven.

—Muy bien —dijo—. Y ahora, adentro y a casita.

Stacey no se inmutó. Se acercó al coche, abrió la portezuela y se sentó tras el volante.

Dio el contacto y arrancó. Maniobró para dar media vuelta, pero, de súbito, pisó a fondo y se arrojó sobre los pandilleros, que permanecían todavía a un lado del camino.

Se oyeron unos gritos de alarma. Goody apuntó con su pistola, pero no pudo usarla, porque su propio compinche le tiró al suelo, en su intento desesperado de evitar la embestida del coche.

Sus esfuerzos tuvieron éxito solo en parte. La aleta derecha del vehículo le alcanzó en un costado, lanzándole fuera del camino.

Goody había perdido la pistola y gateaba por el suelo, intentando recuperarla. El arma había caído debajo del coche en que había venido y tuvo que hacer insólitos esfuerzos para recuperarla.

Finalmente, se incorporó. Cuando iba a volverse, se encontró con el cañón de un revólver bajo la nariz.

—Tira el arma —ordenó Stacey.

Los dientes de Goody crujieron perceptiblemente. Vaciló un momento, pero, al fin, abrió los dedos y la pistola cayó al suelo.

El otro pistolero se quejaba a voz en cuello, tendido en el suelo. Stacey comprobó que Goody no llevaba más armas y luego le empujó hacia la cuneta.

—Si alguien se ha de volver a su casa, no he de ser yo precisamente —dijo Stacey con acento de burla.

Instantes después, había desarmado al otro pistolero y recobrado el arma que le habían arrebatado. Goody cargó con él en brazos y lo llevó hasta el coche.

—Supongo que, cuando veáis a un médico, le diréis que ese buen chico se ha tropezado con una puerta abierta —sonrió Stacey—. Y, para lo sucesivo, no olvidéis también de registrar la guantera de mi coche. Aunque ya procuraré yo no daros ocasión para ello —concluyó.

Instantes más tarde, el automóvil de los pistoleros había

desaparecido en lontananza. Stacey tenía la seguridad de que ya no volverían: uno de ellos necesitaba asistencia médica y su curación no iba a ser cosa precisamente de un día.

Entonces, se volvió y contempló el escondite de Morbry.

—Es hora ya de iniciar la conversación —dijo a media voz.

Y echó a andar hacia la casa.

* * *

El hombre vestía ropas cómodas y holgadas. Silbando alegremente, se acercó al tocadiscos y puso uno de música clásica. Las notas de la *Toccata y fuga, en re menor*, de Bach, se elevaron un instante después en el aire.

Complacido, se acercó al bar y se sirvió una generosa dosis de whisky. Tomó un sorbo, encendió un cigarrillo y se sentó en un cómodo sillón a escuchar la música.

—Satisfecho de la vida, ¿eh? —sonó de pronto una voz de tonos alegres.

El hombre se irguió vivamente y contempló con mirada hostil a su inesperado visitante.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Stacey estaba sentado en el alféizar de una de las ventanas de la fachada.

—Parece mentira que no me conozca, hombre; sobre todo, después de los esfuerzos que ha hecho para quitarme de en medio —contestó.

—No le conozco a usted, no le he visto jamás...

—Señor Morbry, cuando intente disfrazarse, hágala por completo. No basta un bigote y unas gafas, por ejemplo, ni tampoco otro nombre, como el de Rod Curwood. Se le olvidó teñirse las sienes. Las mujeres dicen que las canas en ese sitio le hacían a usted muy atractivo.

Morbry se llevó instintivamente la mano a una de las sienes. Stacey se echó a reír.

—Está muy bien caracterizado, es evidente, pero a mí no me puede engañar —dijo.

Morbry se puso en pie.

—Acabemos de una vez —gruñó—. ¿A qué ha venido?

—Hombre, yo le creí a usted un sujeto con más imaginación. Por

lo menos, lo demostró al planear la estafa de la SK. Un bonito lema, ¿verdad?: «Su dinero estará más seguro con nosotros que en su casa bajo siete llaves». Y así obtuvieron más de treinta millones, de los que veintiocho yacen en una caja, esta sí con siete llaves, en el «Punto Cero». ¿Se siente ya capaz de imaginar los motivos de mi visita?

Morbry seguía ceñudo, hostil.

—¿Quién le indicó mi dirección? —preguntó.

—Lo siento, pero no acostumbro a revelar mis fuentes de información. Le basta con saber que estoy aquí, dispuesto, además, a conocer a cualquier precio el lugar que ustedes denominan en clave «Punto Cero».

—Dudo mucho de que consiga usted sus propósitos. Incluso dudo de que salva vivo de aquí.

—Si espera a sus perros guardianes, los que usted tenía alquilados a Lacksom, pierde el tiempo. Yo los he ahuyentado y no volverán.

El golpe hizo impacto en Morbry, que pareció sentirse inquieto.

—No miento —dijo Stacey—. Goody y el otro se han largado con viento fresco.

—Está bien, a pesar de todo, no le diré nada.

—Supongo que, en estos momentos, debe usted de estar pensando en una pistola... seguramente la misma que usó contra Mac Ready. Temía que el viejo artesano me construyera otra caja idéntica, ¿verdad?

—¿Quién puede probar que yo le maté?

—Evidentemente, es muy difícil. Pero esa es una cuestión secundaria en estos momentos. Hablemos del jarrón con la bomba de relojería en su interior... Por cierto, ¿qué hubiera pasado si a Nellie Fox se le hubiera ocurrido llenarlo con agua?

—Nada. Era un artefacto impermeable.

—Piensa usted en todo —dijo Stacey, con fingida admiración—. ¿También se la preparó Mac Ready?

Morbry apretó los labios.

—Un silencio muy revelador —comentó el joven—. ¿Por qué lo hizo?

—Se sorprenderá usted de la respuesta —dijo Morbry—. Nellie conoce el escondite de la caja.

Stacey pegó un respingo. Morbry sonrió.

—Ya le he dicho que se sorprendería —añadió.

—¡Imposible! No creo que ella... Nellie solo sabe el nombre clave...

—Y el lugar exacto donde está la caja.

Stacey miró de reojo al individuo.

—Parece sincero —dijo.

—Lo soy —contestó Morbry orgullosamente.

—Tendré que hablar con ella...

—Suponiendo que yo le deje salir con vida, Stacey.

—Está desarmado. Y aquí no hay una trampa como la que había en el despacho de Lacksom.

—Es que usted no conoce mis medios de defensa —dijo Morbry.

Stacey tuvo un repentino sobresalto y abandonó la ventana precipitadamente.

—No tengo ganas de que me tueste el fondillo de los pantalones —rezongó, pensando en algún invisible cable eléctrico.

Morbry continuaba inmóvil, más sereno que en un principio, lo cual hizo sospechar al joven de que estaba aguardando el momento preciso para hacer funcionar la trampa. Receloso, sacó la pistola.

—Es inútil —dijo Morbry—. Ni siquiera armado conseguirá usted eludir mi sistema de protección.

Stacey miró recelosamente a su alrededor. Morbry había metido las manos en los bolsillos de su chaquetón casero.

Le pareció que una de ellas hurgaba en algo. De pronto, a siete u ocho pasos de distancia, vio una gran estatua de bronce, que representaba a una ninfa del bosque, en actitud contemplativa.

La estatua giraba lentamente y acabó quedando frente a Stacey. El joven presintió el peligro y se tiró al suelo.

El ombligo de la ninfa vomitó una estruendosa detonación. Stacey percibió claramente el ominoso silbido de varios proyectiles a pocos centímetros de su cabeza.

Se incorporó ligeramente. Ahora, pensó, vendría el ataque de Morbry...

Pero Morbry se tambaleaba, con las manos en el cuello. Stacey se sintió extrañado de su actitud.

Corrió hacia él. De pronto, percibió un pinchazo en la garganta.

—¡La aguja envenenada! —exclamó, lleno de terror.

CAPÍTULO XIII

Unas manos le palmearon ansiosamente en la cara. Alguien se la roció con agua fresca.

—Despierta, Cookie —oyó Stacey muy lejana la voz de la muchacha.

Una mano acercó un vaso a sus labios. Stacey bebió con avidez. El alcohol le hizo toser.

—¿E... estoy vivo? —preguntó con voz desfallecida.

Salas lanzó una risita.

—No estás muerto, que nosotros sepamos —dijo.

Nellie, arrodillada junto a él, le miraba con ansiedad. Stacey volvió la cabeza un instante y divisó un bulto cubierto por una manta.

—Morbry. Está muerto —informó Salas escuetamente

Stacey se sentó en el suelo.

—Más agua —pidió.

Salas le entregó un vaso lleno. En lugar de bebérselo, Stacey se lo volcó sobre la cabeza.

—Me siento aturdido, envarado... pero pasé un miedo horrible, cuando sentí el pinchazo. Morbry había sido ya atacado y estaba tambaleándose. Le vi caer y yo le seguí instantes después.

—Por lo visto, el asesino sintió compasión de ti —dijo Nellie—. Se limitó a enviarte una aguja empapada en un potente narcótico.

—Tendré que ir a un médico —manifestó el joven—. Debo de tenerla hundida en la garganta...

—Nada de eso —contradijo Salas—. La tengo aquí. Por lo visto, la aguja narcótica es muy distinta de la que lleva el veneno.

Stacey contempló el artefacto, en la palma de la mano de su ayudante. La aguja medía unos tres centímetros de longitud y tenía una especie de tope a poca distancia de la punta. Hacia el final, se veían unas diminutas aletas, que le proporcionaban estabilidad en vuelo.

—¿Sacaste algo en limpio de la visita? —preguntó Salas.

—Algo muy interesante —los efectos del narcótico se disipaban con rapidez y Stacey pudo incorporarse—. Pero primero quiero ver una cosa.

Se acercó a la estatua de bronce y contempló detenidamente el orificio por donde había disparado el arma. Antes de que pudiera hacer nada, Salas le enseñó un objeto.

—Parece una caja de control remoto —dijo.

—Lo es. Con ese aparatito, Morbry hizo girar la estatua y disparó el arma que hay en su interior —contestó Stacey.

Buscó con detenimiento. Al cabo de unos minutos, creyó ver una finísima ranura en uno de los brazos de la estatua, junto al codo.

Movió el brazo. Parte de la espalda de la ninfa giró a un lado.

—Apostaría a que es otro de los inventos de Mac Ready —masculó.

Dentro de la estatua, efectivamente, estaba el arma, sujeta a un ajuste de diseño especial. Consistía en un cañón de escopeta, de longitud apenas doble de la del cartucho, con la recámara y el mecanismo de disparo, indudablemente, también accionado por radio, mediante un enlace con los mecanismos de la base. Stacey sacó el cartucho vacío y lo examinó.

—He visto los impactos en la pared —dijo Salas—. Conté dos docenas.

—Los suficientes para destrozarme, de no haberme movido con rapidez —comentó Stacey—. Por supuesto, no habéis visto al asesino.

—Yo he encontrado huellas en la parte trasera. Son de hombre, indudablemente —manifestó Salas.

Stacey torció el gesto.

—Es evidente que Morbry no tenía una llave de la caja —murmuró—. Su asesinato se me hace ahora incomprensible.

—Bueno, ya solo quedan cuatro estafadores. El reparto del botín les proporcionará siete millones a cada uno —intervino Nellie.

Stacey fijó su vista en la muchacha.

—Y ahora que me acuerdo —dijo—. Morbry declaró algo muy interesante antes de morir.

—¿Qué es, Cookie? —preguntó ella.

—Algo, repito, muy interesante. Morbry declaró que tú conoces el lugar exacto donde está escondida la caja con el botín.

* * *

—No tienes otra opción —dijo Stacey enérgicamente—. Ahora

mismo vuelves a tu casa y permanecerás en ella hasta que recuerdes el escondite. Lino te acompañará y también irán Mickey y Sandro para relevarle, cuando sea necesario.

Nellie puso sus manos en las caderas.

—Es decir, que piensas tenerme secuestrada...

Stacey no la dejó seguir hablando.

—Sí, eso mismo —confirmó—. Lino, llévatela. Y no la dejes sola un momento. Que se esfuerce por recordar; hay un nombre que está en lo más profundo de su memoria y ella no acaba de sacarlo a la luz. ¿Me has comprendido?

—Tú me mandas y yo obedezco, ¡oh, mi señor! —contestó Salas socarronamente, a la vez que agarraba un brazo de la muchacha.

—No quiero irme a casa —protestó ella—. Chillaré por la calle.

Stacey se acercó a la muchacha y la miró fijamente. Nellie, impresionada por su gesto, se calló en el acto.

De pronto, Stacey la hizo dar media vuelta. Luego, sin contemplaciones, aplicó la palma de su mano contra un punto anatómico al que unos pantalones sumamente ajustados proporcionaban un atractivo relieve.

—¡A casa! —ordenó con voz de trueno.

Nellie gritó. Salas lanzó una formidable carcajada.

Apenas habían salido los dos del despacho, sonó el teléfono.

Stacey lo acercó a su oído. Era Glenda.

—Me tienes muy abandonada —se quejó la pelirroja.

—Lo siento. He llevado unos días de intenso trabajo. Créeme que nada me habría gustado más que ir a verte...

—Bien, ¿por qué no vienes a verme esta tarde? —sugirió ella.

Stacey suspiró. Estuvo a punto de negarse, pero pensó que, a fin de cuentas, iba a ganar mucho dinero y que Glenda y Anver le proporcionaban aquella ganancia.

—OK —contestó lacónicamente.

Sandro llegó poco después y le entregó un sobre con papeles en su interior.

—Informes —dijo.

—¿Interesantes? —preguntó él.

—Mucho. Léalos, jefe.

—Gracias, Sandro; lo haré enseguida.

Stacey se sumió en la lectura de aquellos informes que, en

verdad, tenían mucho interés. Explicaban un buen número de puntos oscuros, aunque no todos.

Cuando terminó, fue a cambiarse de ropa, a fin de asistir a la cita que tenía con la hermosa Glenda Warburton.

Era muy hermosa, en efecto, se dijo, mientras pensaba en la conveniencia de afeitarse o no por segunda vez en el día; pero Beth Milestone lo era mucho más, En cuanto a la dulzura de carácter, no cabían comparaciones. Ganaba Beth sobradamente.

* * *

Con gesto un tanto brusco, Annette Leroy miró a los tres hombres que estaban sentados en semicírculo frente a ella. Se ajustó las gafas con ambas manos y dijo:

—Amigos, es hora de que tomemos una decisión. ¿He de explicar los motivos?

—Se comprenden de sobra —contestó Anthony Butler.

—Cuatro asesinatos —se estremeció Emile Dupuis—. Tengo la sensación de que la racha no se ha acabado.

Bodo Schatzen emitió un gruñido.

—Me gustaría encontrarme al asesino cara a cara...

—No le daré esa oportunidad y, además, yo no se lo recomendaría —dijo Annette cortantemente—. Se trata, por tanto, de llegar a la caja, abrirla y repartirnos su contenido.

—Nos faltan tres llaves —se quejó Schatzen, con su gutural voz germánica.

—Y no tengo ganas de volar a pedazos...

Annette, que parecía la más resuelta de los tres, interrumpió a Dupuis.

—Caballeros, todos ustedes fueron muy inteligentes para concebir, planear y ejecutar una colosal estafa, pero ninguno de ustedes tiene la más mínima inteligencia para abrir la caja, a pesar de sus innegables dificultades.

—¿Quiere usted decir que hay un medio de abrir la caja, sin las otras tres llaves? —preguntó Butler, asombrado.

Una ligera sonrisa se dibujó en los descoloridos labios de la mujer.

—En efecto, existe ese medio —confirmó.

—No lo creo —rezongó Schatzen.

—¿Por qué no lo explica? —pidió Dupuis, más práctico.

Annette sacó de su escote la llave que pendía de una cadenita de oro.

—Vean la llave —dijo—. La caña es cilíndrica, salvo las muescas longitudinales y paralelas que se advierten en su estructura externa. El número y la longitud, así como la situación de las muescas, son distintas para cada caso. Para abrir la caja, obvio es decirlo, se necesitan las siete llaves, empezando, desde luego, a partir del número uno. Aquí tenemos las números uno, tres, cuatro y seis. Faltan, por tanto, las números dos, cinco y siete. Pero eso no importa, repito. Abriremos la caja.

—¡Hum! —dijo Butler, reticente—. A mí me gustaría saber por qué, si es tan fácil, no lo ha hecho usted ya, señorita Leroy.

—Es bien sencillo —contestó ella—. En primer lugar, no soy el asesino. En segundo, no soy egoísta; hice un pacto y quiero cumplirlo. Y, en tercero, en fin, soy mujer y yo sola no podría con la caja, ustedes lo saben bien.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Schatzen, impaciente—. Pero, ¿cuál es el medio que ha ideado usted para abrir la caja?

—Sencilísimo. Tan sencillo y, por supuesto, efectivo, que aún no comprendo cómo no se les ha ocurrido la idea a alguno de ustedes.

Tres pares de ojos contemplaron a la mujer con expresión ávida. Recreándose en el efecto que iban a producir sus palabras, Annette dijo:

—Se necesitan tres cilindros de cera de moldear. El hueco de la cerradura mide unos ocho milímetros de diámetro. Por tanto, cada cilindro de cera deberá tener nueve milímetros de diámetro, ya que la profundidad de las muescas es, exactamente de un milímetro. He tomado bien las medidas en mi llave y no hay lugar a error. ¿Lo comprenden ahora?

Las miradas de los tres hombres se hicieron ahora admirativas.

—¡Magnífico! —aprobó el teutón.

—¡Una idea genial! —exclamó Butler.

Dupuis, más práctico, hizo una pregunta de una sola palabra:

—¿Cuándo?

Annette volvió a sonreír.

—Celebro que mi plan les haya agradado. Mañana, a las nueve,

saldremos en busca del tesoro —contestó.

—Los cuatro juntos, por supuesto —dijo Butler.

—Los cuatro juntos —corroboró ella.

CAPÍTULO XIV

Anver estaba presente, lo que, para Stacey, no dejó de representar un alivio. No sentía deseos de quedarse a solas, al menos por aquella noche, con la tempestuosa Glenda Warburton.

—No parece que haya adelantado usted mucho —se quejó Anver, después de los primeros saludos.

Glenda entregó una copa al joven, a la vez que le dirigía una sonrisa.

—Discúlpale —pidió—. Siempre ha sido un poco impaciente.

—Ustedes no me fijaron tiempo —se disculpó Stacey—. Solo me pidieron resultados.

—Y le dimos veinte mil dólares —gruñó Anver.

—No se vaya a creer ni por un momento que mis investigaciones han salido gratis —dijo el joven—. He tenido que gastar mucho dinero y lo doy por bien empleado, se lo aseguro.

—Bueno, bueno —intervino Glenda, conciliadora—, dejémonos de mutuos reproches. Cookie, estoy segura de que tienes algo bueno que decirnos.

—Así es —confirmó el joven—. Estoy ya muy cerca de conocer el lugar donde está situado el «Punto Cero».

—Interesante —manifestó Anver—. ¿Puede anticiparnos algo, señor Stacey?

—No, y no lo hago por desconfianza, sino porque ni yo mismo tengo la menor idea de la situación de ese lugar. Simplemente, he dicho que estoy muy próximo a conocerla, y cuando lo sepa, será con absoluta exactitud, sin errores de proximidad.

—¿Has encontrado algún confidente inesperado, Cookie? —preguntó la mujer.

—Tal vez —sonrió Stacey.

—No nos dirá su nombre, claro —dijo Anver.

—Cass, el señor Stacey tiene sus fuentes de información. No nos interesan los informantes, sino lo que le hayan podido decir. ¿No es así, querido?

—En efecto —confirmó el joven.

Anver levantó el dedo índice.

—Pero en cuanto sepa el lugar donde está el botín, deberá

avisarnos —exigió.

—Descuide, lo haré y...

El teléfono le interrumpió de pronto. Glenda se acercó al aparato, se lo llevó al oído, escuchó un momento y luego dijo:

—Es para ti, Cookie.

Stacey se acercó a Glenda. El teléfono pasó a poder de Stacey.

—¿Sí?

—Hola, Cookie. Soy Lino. La chica ha recordado.

—Magnífico. Luego iré por su casa. Quizá tarde, sin embargo; estaré ocupado un buen rato. Cuidado con los intrusos, Lino.

—Estamos los tres aquí para protegerla —respondió Salas.

Stacey colgó el teléfono y se volvió hacia la pareja.

—Solucionado el problema —anunció.

—¿Dónde está el dinero? —gritó Anver, terriblemente excitado.

—Mañana, a las ocho, vendré a buscarles a los dos y les acompañaré hasta el escondite —contestó el joven.

—¡Dígalo ahora mismo! ¡Se lo exijo...!

Stacey hizo un gesto negativo.

—La información es buena, presumiblemente exacta —manifestó—. Pero antes de conducirles a ustedes al «Punto Cero», quiero comprobar por mí mismo la exactitud de tal información.

—Un modo de actuar enteramente lógico —aprobó Glenda con brillante sonrisa.

Stacey recogió su sombrero y se dirigió hacia la puerta.

—Buenas tardes, señor Anver —se despidió.

Anver mantuvo un hosco silencio. Glenda acompañó al joven.

En el momento de abrir la puerta, se puso de puntillas y rozó con sus labios los de Stacey.

—Otro día nos veremos a solas los dos —susurró.

—Estoy seguro de ello —contestó él.

* * *

La voz de Beth Milestone sonó a través del interfono de la puerta:

—¿Quién es, por favor?

—Stacey —respondió el joven.

—¡Oh, qué sorpresa! —exclamó ella—. Cookie, estoy en el baño... pero aguarda un momento. Desconectaré el mecanismo

eléctrico de cierre, aunque habrás de prometerme que contarás hasta veinticinco antes de entrar.

—Prometido, hermosa —contestó él sonriendo.

Segundos más tarde, oyó un «click». Dejó pasar el plazo convenido y empujó la puerta.

La voz de Beth llegó desde el interior de la casa.

—¿Cookie?

—Aquí estoy, Beth.

—Tardaré algunos minutos. Prepara bebidas, mientras tanto.

Stacey se acercó al bar. Sentado en uno de los taburetes, aguardó hasta que Beth se hizo visible.

La joven llegó hasta él y le besó en los labios.

—Me has sorprendido —dijo.

—Gratamente, supongo.

—¿Puedes dudarle? —Beth tomó el vaso que ella le ofrecía—. ¿Vas a decirme algo de importancia?

—Sí, algo terriblemente importante.

Ella le miro, inquisitiva, por encima del vaso.

—Habla —dijo.

—Quiero estar contigo, Beth —manifestó él.

Una ligera sonrisa se dibujó en los labios de la hermosa mujer.

—Conque era eso —murmuró.

—¿Y no lo juzgas importante? Al menos, para mí —dijo Stacey.

Beth dejó el vaso sobre el mostrador.

—Para mí también lo es —contestó.

Stacey se apeó del taburete y enlazó el talle de la joven.

—Eres muy hermosa, fascinadoramente hermosa —musitó, a la vez que buscaba con avidez aquella boca de labios rojos y ardientes.

Cerca de la madrugada, Beth oyó ruido en la casa.

—¿Eres tú, Cookie? —preguntó.

—Sí —contestó él, desde otra habitación—. Me estoy arreglando para marcharme.

—Es muy temprano —se quejó ella.

—Beth, tú olvidas que yo trabajo —se disculpó Stacey.

Beth abandonó la cama de un salto y se asomó al cuarto de baño. Stacey se anudaba la corbata en aquellos momentos.

—Me hubiera gustado que te quedases a desayunar conmigo —dijo.

Stacey la miró a través del espejo.

—¿No tienes frío? —preguntó, sonriendo, al observar la ausencia de ropa sobre aquel esbelto cuerpo.

—La temperatura es excelente —dijo Beth maliciosamente.

Stacey se puso la chaqueta, dio unos pasos y se acercó a la joven.

—Otro día, te lo prometo, desayunaremos juntos —se inclinó hacia Beth y la besó—. Ha sido una noche memorable. Hasta la vista.

—Vuelve pronto —pidió ella con acento cargado de pasión.

Stacey agitó una mano desde la puerta. Beth le correspondió con un gesto análogo.

* * *

A las ocho de la mañana, Stacey dio las últimas instrucciones a Lino Salas.

—Tu intervención no se producirá, a menos que lo juzgues irremediable. Llévate el rifle con mira telescópica, además de unos prismáticos, ¿entendido?

—De acuerdo, pero, ¿no correrás un riesgo excesivo?

—No lo creo. En todo caso, tú estarás en lugar discreto, observándolo todo.

—Y a mí, que soy la autora del descubrimiento más importante de todos los tiempos, me dejan en casita —se quejó Nellie.

Stacey cambió una mirada con Salas.

—Átala y amordázala si es necesario —ordenó.

—Me gustaría estar viviendo una novela de ciencia ficción —dijo Nellie—. Una de esas novelas, en donde los protagonistas tienen unos poderes extraordinarios...

—¿Por qué? —se extrañó Stacey.

—Te asesinaría con la mente.

Stacey se echó a reír.

—Cuidala, Lino —dijo.

Y se encaminó hacia la puerta.

Sandro y Mickey aguardaban en la calle.

—El coche está en orden —informó Mickey.

—Nadie ha puesto ninguna trampa —añadió Sandro.

—Gracias, muchachos, eso es todo.

Stacey subió al vehículo y arrancó. Estimaba que no había sido una precaución inútil hacer revisar el vehículo concienzudamente, incluido frenos y dirección.

La caja de veintiocho millones de dólares era demasiado tentadora. Y el asesino estaba dispuesto a conseguir el botín, pasando por encima de todos los cadáveres que hicieran falta.

«Por encima del mío, desde luego, no pasará», se dijo.

A las ocho en punto estaba parado frente a la puerta de la casa de Glenda. Tocó la bocina y la pareja apareció a los pocos instantes.

Glenda se había ataviado con una blusa roja, sin mangas, pero muy ceñida, y pantalones negros. Una especie de turbante de seda amarillo ceñía sus cabellos de fuego. Pendiente del hombro izquierdo llevaba un gran bolso de rafia amarilla.

—Estás hechicera —elogió Stacey.

—Menos halagos —dijo Anver de mal talante—. ¿Ha confirmado ya el lugar donde está escondido el botín?

—He venido a buscarles, ¿no? —contestó el joven.

Glenda se sentó a su lado.

—Vamos, arranca y no le hagas caso. Es un enfermo crónico del hígado. O quizá tiene una úlcera... mental —dijo, con agudo sarcasmo.

Anver se acomodó en el asiento posterior, cruzando los brazos con gesto hostil. Stacey se separó del bordillo de la acera y buscó la salida de la ciudad.

—¿Hacia dónde nos lleva, Stacey? —preguntó Anver, al poco.

—Qué curioso eres —dijo Glenda—. ¿Es que no sabes tener paciencia?

—Pronto lo sabrán —manifestó el joven.

—Por cierto, ¿cómo te has enterado del escondite? ¿O es demasiado pronto todavía para conocer la fuente de tu información?

—No hay inconveniente de revelarlo. Lo sabía Nellie Fox, la ayudante de Morbry.

—¡Sorprendente! —calificó Glenda.

—Me lo dijo el propio Morbry antes de morir. Pero añadió que ni ella misma había sabido darse cuenta de la verdad. A pesar de lo cual, intentó matarla,

—Sin conseguirlo, por fortuna. ¿Le costó mucho recordarlo,

Cookie?

—Bastante, a decir verdad. Pero al fin la memoria volvió a su mente y...

—Todavía no nos ha dicho usted adónde vamos —terció de pronto Anver, sin abandonar su malhumor.

—Espero que hayan oído hablar alguna vez de Black Eye Lake —dijo el joven—. Allí es adonde nos dirigimos.

CAPÍTULO XV

Annette Leroy guiaba el coche. Los otros tres socios viajaban con ella.

El vehículo se deslizaba por una carretera con abundantes curvas, aunque no demasiado cerradas. Annette permanecía silenciosa, atenta al manejo del coche. Schatzen fumaba nerviosamente. Butler tenía un puro entre los dientes. Dupuis canturreaba a media voz.

El lago se divisó de pronto a lo lejos, entre un grupo de árboles. La carretera había ascendido para pasar entre una fila de colinas y, una vez rebasada la cota de mayor altitud, empezó a perder nivel.

Annette paró el coche de pronto, a la entrada de una curva.

—Esperen —dijo, con cierta expresión de alarma.

—¿Qué sucede? —preguntó Schatzen, irguiéndose en el asiento.

—He visto algo... —Annette se mordió los labios—. Voy a ver —decidió de pronto, a la vez que cortaba el encendido y aplicaba el freno de mano.

Dupuis quiso apearse también, pero ella se lo impidió.

—No —dijo—. No conviene que vean demasiada gente. Esperen unos minutos solamente.

—¿Stacey? —preguntó Dupuis.

—Es posible. Voy a cerciorarme; volveré enseguida.

Annette echó a andar con paso firme y decidido. Los otros tres quedaron dentro del coche.

Súbitamente, cuando Annette había dado apenas cincuenta pasos, una nube de vapor a gran presión brotó del tablero de mandos del coche.

—Eh, ¿qué diablos es eso? —gritó Butler, alarmado.

Schatzen quiso abrir la portezuela de su lado.

—¡Está bloqueada! —chilló, invadido por el pánico.

Empezó a perder el conocimiento. Los efectos del gas eran rapidísimos.

Lo último que vieron los tres individuos fue la sonrisa de Annette, que parecía la de un demonio con figura de mujer.

Al cabo de unos minutos, Annette regresó al coche.

Antes de abrir la portezuela de su lado, sacó un pañuelo y se lo

puso en la cara. Luego, ya sin riesgos de aspirar el gas, abrió, se apoderó de tres llaves y quitó el freno de mano.

El coche permaneció inmóvil unos instantes. La pendiente era fuerte y, al cabo, empezó a rodar, lentamente al principio, con mayor rapidez después.

La salida de la curva estaba a unos cien metros. El coche siguió su carrera rectamente, hasta saltar por encima del parapeto. Al otro lado había un talud muy pronunciado, que parecía no tener fin.

Annette contempló la caída del coche con morbosa curiosidad. El vehículo se estrelló finalmente contra el fondo del barranco, pero no llegó a incendiarse.

La mujer suspiró.

—No ha sido agradable tener que quitarles las llaves —dijo.

Y, sin la menor vacilación, emprendió la marcha de nuevo. Siguió adelante cosa de un par de cientos de metros y se desvió a un lado.

Entre los árboles de la, orilla, había un automóvil. Annette subió al vehículo, dio el contacto y arrancó en dirección al lago.

«Nadie me disputará ahora la posesión de la fortuna», se dijo, llena de satisfacción.

* * *

—¿Cuándo llegamos? —preguntó Anver, con acento de mal humor.

—¡Qué impaciente eres, hombre! ¿Es que no sabes tener confianza en Cookie? —le reprochó Glenda.

—En cambio, tú pareces confiar demasiado en él. Y yo no me fío de nadie.

—Me gustaría saber por qué, en tal caso, me contrataron ustedes —dijo Stacey.

Anver emitió un bufido. Glenda volvió la cabeza y le dirigió un guiño amistoso. «No hagas caso de ese tipo amargado», parecía decirle.

Momentos después, llegaban a la orilla del lago, desierto en aquellos momentos. Stacey y sus acompañantes vieron una extraña embarcación amarrada a la orilla.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Anver.

—Dentro de poco rato lo sabrá —contestó Stacey—. Miren, allí

hay una motora. La usaremos nosotros.

—Creo que empiezo a comprender —manifestó Glenda—. La caja está en el fondo del lago.

—Exactamente —corroboró el joven con una sonrisa.

Buscó un lugar adecuado y dejó el coche convenientemente escondido.

—Sígueme —indicó.

Poco después, la motora, con los tres a bordo, arrancaba en dirección al centro del lago. Pero Stacey no se detuvo allí, como pensaban sus acompañantes, sino que se alejó hasta situarse en un lugar discreto, en la orilla opuesta y bajo la protección de las ramas de unos sauces.

—He traídos prismáticos para todos —dijo, a la vez que abría una caja situada en el fondo de la lancha—. El espectáculo que van a ver, resultará muy emocionante.

—Piensas en todo, Cookie —dijo Glenda, admirada.

—El contrato incluía una buena dosis de inteligencia, creo yo —sonrió Stacey.

—¿Esperaremos mucho? —preguntó Anver.

—Tenemos de tiempo todo el día —contestó Stacey.

Anver levantó los brazos al cielo. Glenda soltó una risita.

—Pero he venido prevenido —añadió el joven—. Ahí tienen una nevera portátil, con refrescos. La bolsa de los bocadillos está al lado.

—Empiezo a devolverle la buena fama —rezongó Anver.

—Yo no quiero comer —manifestó Glenda—. La línea, ¿sabes, Cookie? —añadió, a la vez que se pasaba las manos por las caderas e inspiraba profundamente para hacer destacar las sólidas curvas del busto.

Anver dudó un momento, pero al fin se decidió a aprovechar la invitación de Stacey. Glenda le pidió un cigarrillo y Stacey encendió dos.

De cuando en cuando, oteaba la otra orilla con los prismáticos. De repente, vio acercarse una figurilla a la embarcación que habían visto antes.

—Allí está la pieza —dijo.

Glenda tiró al agua su tercer cigarrillo. Estudió a la mujer unos momentos y la identificó muy pronto.

—Es Annette Leroy. ¿Dónde están los otros? —exclamó,

intrigada.

—Mucho me temo que no se encuentren ya en condiciones de disfrutar del botín —dijo Stacey, con lúgubre acento.

Anver no pronunció palabra. Stacey se volvió para mirarle y vio en la cara del individuo una expresión de ansiedad y codicia que le preocupó considerablemente.

Pasaron algunos minutos. Annette había subido a la otra embarcación y, tras desamarrarla, la había puesto en marcha.

La especial construcción de la nave no la permitía desarrollar una elevada velocidad. De pronto, Glenda vio que Annette se quitaba algo de la cara y lo arrojaba al lago.

—¿Qué hace? —preguntó.

—Se ha quitado las gafas. Ahora se desprenderá de la peluca —dijo Stacey, lo que, efectivamente, ocurrió instantes después.

—¡Cielos! —gritó Anver—. Es...

—¿Acaso suponía usted que pudiera ser otra? —contestó el joven, burlonamente.

Glenda se había quedado sin aliento. El negro cabello de Beth Milestone flotó libremente, agitado por la brisa que soplabla sobre el lago.

—Nunca me lo hubiera supuesto —murmuró la pelirroja.

La embarcación que tripulaba Beth llegó finalmente al centro del lago. Beth empezó a maniobrar en aquella estructura cubierta por una lona, la cual apartó a un lado.

—Diríase que es una grúa flotante —mascullo Anver.

—«Es» una grúa flotante, aunque adecuada especialmente al trabajo que tiene que desempeñar aquí —explicó Stacey.

—La caja está en el fondo del lago, efectivamente, pero, ¿cómo piensa sacarla a la superficie? —preguntó Glenda.

—¿Han oído hablar alguna vez de esas balsas de salvamento que se hinchan automáticamente? —dijo Stacey.

—¡Rayos! —juró Anver—. Creo que comprendo...

—Los flotadores, deshinchados, pero con sus botellas de gas, se hincharán cuando ella emita una señal determinada de radio, con la caja de control que tiene en las manos. El cofre fuerte ascenderá a la superficie y luego ella lo izará a bordo con la grúa. Sencillo, ¿no?

—Sencillo, pero terriblemente ingenioso —calificó Glenda—. Bien, ¿cuándo atacamos, capitán?

—Ahora mismo —respondió Stacey, a la vez que hacía arrancar el motor de la lancha.

Abandonaron el escondite y se lanzaron a toda velocidad hacia el lugar donde estaba Beth. La lisa superficie del lago permitía al motor desarrollar toda su potencia, confiriendo a la motora más de cuarenta nudos por hora.

Beth, enfrascada en su trabajo, no se había dado cuenta todavía del acercamiento de unos intrusos. De súbito, Stacey vio que la pelirroja metía la mano en su bolso de rafia.

Un revólver brilló metálicamente. Glenda apuntó con él a Anver.

—Cass, salta —ordenó.

El sujeto se quedó enormemente sorprendido durante unos instantes. Glenda amartilló el revólver.

—Salta o disparo —amenazó, de forma que excluía toda duda.

Anver estaba pálido de rabia.

—¡Traidora! —barbotó—. Nunca creí que fueses capaz de romper así nuestra sociedad...

—Ahora tengo un socio que me gusta mucho más —rio Glenda cínicamente—. Solo hay un kilómetro hasta la orilla; tengo entendido que en tiempos fuiste un buen nadador. Vamos, Cass, es mi última advertencia.

Anver vaciló un momento, pero acabó por lanzarse al agua, procurando hacerlo en la dirección más favorable. Stacey no dijo nada.

—¿Te gusta mi decisión? —preguntó ella, mientras volvía a guardar el arma.

—Tienes unos métodos capaces de persuadir al más reacio —respondió él, con acento intrascendente.

Volvió la cabeza un momento. Lenta y penosamente, Anver se acercaba a la otra orilla.

En aquel momento, Beth Milestone se dio cuenta de que una motora se acercaba a su embarcación a toda velocidad.

CAPÍTULO XVI

La caja de hierro, rodeada de los flotadores, estaba ya en la superficie. La grúa, movida por el mismo motor que propulsaba a la embarcación de tipo catamarán, empezó a izar la pesada caja hasta la plataforma que unía los dos pontones y que tenía en el centro un orificio adecuado para realizar la operación sin la menor dificultad.

Cuando la caja estuvo suspendida en el aire, Beth, con una navaja, cortó las ligaduras que unían los flotadores a la caja. Luego empujó suavemente a esta a un lado y la dejó bajar hacia la plataforma.

En aquel momento fue cuando oyó el ruido de la motora y miró en la dirección de donde provenía el sonido. Una exclamación de rabia brotó de sus labios.

La presencia de unos intrusos la hizo olvidar por unos momentos la tarea que estaba realizando. Abandonando el motor de la grúa, corrió hacia su bolso, situado en un extremo de la plataforma, sin percatarse de que la caja quedaba en una posición inestable, al borde del orificio central, de sección cuadrada, de la plataforma.

El nerviosismo que se había apoderado de ella la hizo actuar con demasiada precipitación. El bolso resbaló de sus manos y cayó al agua.

Beth lanzó un agudo chillido de furor. Enderezándose, se volvió hacia la motora que ya estaba a punto de llegar al pontón flotante.

Stacey redujo la velocidad en el momento adecuado. Glenda fue la primera en saltar al pontón, pistola en mano.

—¡No te muevas! —ordenó.

Beth dejó caer los brazos a lo largo de los costados. Stacey amarró la lancha y saltó también a bordo.

—Hola, Beth —saludó.

Ella le dirigió una mirada de cólera.

—Te has aliado con ella, ¿verdad? —preguntó.

—Los veintiocho millones serán para nosotros dos —afirmó Glenda.

Una ligera sonrisa se dibujó inesperadamente en los labios de Beth.

—Cookie, dime, ¿cómo adivinaste el lugar exacto dónde estaba

escondido el botín?

—Se lo oyó Nellie Fox a Morbry. Pero oyó mal y nos engañó a todos. Nellie pensó que Morbry decía «Punto Cero». En realidad, lo que dijo fue: «Cota Cero Cero Dos», lo cual no deja de ser también una clave, ya que, en ese punto, la profundidad del lago alcanza una cota negativa de doscientos metros exactamente.

—Pero eso no era suficiente...

—Estuve en casa de Morbry en una ocasión. Había un telescopio encarado hacia el lago. Fue después, al ver en tu casa una fotografía del lago, cuando sospeché algo. Volví de nuevo a casa de Morbry y me fijé en el punto exacto a que apuntaba la cruz filar de aquel telescopio. Diríase que Morbry se complacía en contemplar el punto exacto, de la superficie de las aguas, en cuya vertical, al fondo, se encontraba la caja.

»Recordé también que en la primera ocasión en que estuvimos allí, pasó un automóvil a gran velocidad, conducido por una mujer, con pañuelo en la cabeza y gafas, lo que hacía prácticamente imposible la identificación. Pero ahora ya sé que fuiste tú y que si acudiste allí fue, seguramente, para buscar la caja de control que sacaría el tesoro a flote. Con todos estos datos, resultaba lógico pensar que la caja con el botín se hallaba bajo el lago. Por tanto, solo me faltó buscar un buen mapa hidrológico, que me proporcionó el Servicio Forestal.

»Y anoche, en fin, mientras dormías, encontré en tu casa la caja de control con la cual has disparado los mecanismos que han hecho funcionar las botellas de gas que, hinchando los flotadores, han hecho ascender la caja a la superficie, desde el punto más hondo, a doscientos metros de profundidad.

—Un brillante trabajo de deducción —elogió Beth.

—Al que es preciso añadir el de mis colaboradores que, se puede decir, no han parado un solo instante. Por ejemplo, se ha sabido que una tal Annette Leroy viajó a Europa antes de la muerte de Beyle y volvió después de la muerte de Fartoni. También se ha sabido que el señor Milestone, tu difunto esposo, era un notable biólogo, investigador en unos laboratorios que trabajan por cuenta del Gobierno, haciendo experimentos para la guerra química. Así obtuviste ese veneno, mucho más potente que el curare, en el que impregnabas las agujas que disparabas contra tus víctimas por

medio de una cerbatana...

—Tú no te puedes quejar, Cookie. El dardo que te disparé, solo contenía narcótico.

—Pero me hiciste pasar un miedo horrible —confesó Stacey—. Y, además, nos desconcertaste bástame, porque usabas zapatos de hombre de un tamaño notablemente superior al que tú usas.

Beth sonrió.

—Era una precaución indispensable —contestó.

—Por cierto —dijo Stacey—, quedaban tres socios más. No los veo y, me imagino, estarán ya muertos. ¿Has empleado con ellos el veneno?

Beth hizo un signo negativo con la cabeza.

—No —contestó sencillamente.

—Solo usaste veneno para los tres primeros. ¿Por qué?

—Bien, en primer lugar, no convenía repetirse. Y, en segundo, ello formaba parte de una operación que yo denominé «Perro pastor».

—Acorralar a las ovejas, reunir las, matar a las tres que quedaban en el rebaño... y apoderarte del resto de las llaves.

—Exactamente —corroboró Beth sin pestañear.

Stacey meneó la cabeza.

—Y esta es la dama que alguien calificó como de compendio de virtudes —se lamentó—. Tienes muchas aptitudes para el teatro, Beth; desempeñaste magníficamente el papel de Annette Leroy.

—Mi aspecto y mis actitudes cambiaban demasiado para que nadie pudiera reconocerme —declaró ella.

—Excepto Morbry, a quien luego consideraste indigno de compartir contigo el botín.

—Ya no le necesitaba, compréndelo.

—Sí, te fue útil durante algún tiempo, sobre todo, cuando, por medio de su alianza con Lacksom, hacía actuar a sus matones. Incluso te fue útil cuando mató a Mac Ready, a fin de evitar la probabilidad de que nos hiciera una reproducción de la caja, con la cual habríamos estudiado la forma de abrir la que hay en esa plataforma.

—Fue una iniciativa de Morbry y, preciso es reconocerlo, muy elogiabile.

—¡Caramba, qué individua! —exclamó Glenda pintolescamente

—. Nunca había visto una mujer de su calibre.

—¿Acaso es usted mejor que yo? —exclamó Beth despectivamente—. Y si no, dígame, ¿qué significa ese revólver en su mano?

—Un simple medio de intimidación, por supuesto —contestó la pelirroja—. El medio que servirá para que Cookie y yo nos llevemos el botín sin dificultad.

Beth clavó sus ojos en el rostro del joven. Stacey no quería descubrir sus cartas antes de tiempo.

—Sí —dijo escuetamente.

—Me has engañado —dijo Beth, dolida.

Stacey se encogió de hombros.

—Lo siento —murmuró.

Glenda agitó el revólver.

—Bien, creo que es hora ya de que nos llevemos la «pasta». Cookie, ¿te encargarás de transbordarla tú a nuestra motora?

—Con ayuda de la grúa, claro que sí —respondió el joven.

—Es inútil que se la lleven —dijo Beth inesperadamente—. No conseguirán lo que desean.

Glenda se dio una palmada en la frente.

—Es verdad —dijo—. Las llaves. ¿Dónde están, señora Milestone?

—¿Cree que ustedes habrían llegado aquí de haber dispuesto yo de un arma? —exclamó Beth—. El bolso se me cayó al agua, con la pistola y las siete llaves.

Glenda abrió la boca un instante, sorprendida por aquella inesperada declaración. Luego, reaccionando, emitió un agudo chillido.

—¡No es verdad! Cookie, trata de engañarnos.

Beth separó las manos del cuerpo.

—Regístrenme, si no me creen —invitó.

La cara de Glenda se deformó en una mueca de furor. Beth decía la verdad, lo comprendió enseguida.

Las lágrimas de rabia empezaron a correr por su rostro, formando surcos en su maquillaje.

—Y ahora ya no podremos recuperar ese dinero... —gimió.

De súbito, estalló en una especie de ataque de locura. Antes de que Stacey pudiera impedirlo, disparó contra Beth.

La otra pareció adivinar sus intenciones y se ladeó, eludiendo así el proyectil. Stacey golpeó la mano de Glenda, haciendo que el revólver saltara un instante por los aires, antes de caer al agua.

El pontón se movió ligeramente. De súbito, se oyó un fuerte chapoteo.

—¡La caja! —gritó Glenda—. Se ha hundido.

Ninguno de los presentes se dio cuenta de que el proyectil disparado por Glenda había cortado el cable de la grúa. Era relativamente delgado, debido al trabajo que debía desempeñar y, al ser arrastrado por la caja que se hundía, se salió de la roldana y serpenteó en el aire con indescriptible violencia.

El extremo cortado se enrolló varias veces en una de las piernas de Beth. Se oyó un agudísimo chillido cuando Beth se sintió precipitada a las aguas del lago. Stacey alargó una mano, en un desesperado intento para socorrer a la joven, pero ya era tarde.

Lanzando un último grito de terror, Beth desapareció de la vista de la pareja. Las aguas espumearon un poco y luego fueron calmándose lentamente.

Alguien gritó débilmente a lo lejos:

—¡Socorro!

Stacey volvió la cabeza. Casi sonrió al ver a Anver que se acercaba nadando al pontón.

Miró a Glenda. La pelirroja se había sentado en la plataforma y lloraba a lágrima viva.

* * *

—Sí, todo eso está muy bien —dijo Nellie—. Pero no nos explica la relación existente entre Anver y Glenda.

Stacey tosió virtuosamente.

—Hay cosas que no son para explicarlas delante de una señorita —contestó.

—¡Hum! Se adivina fácilmente. Pero, en cambio, no comprendo cómo pudieron enterarse del secreto de la caja.

—Sí, anda, Cookie, explícalo —pidió Salas.

—Bueno, la cosa se entiende mucho mejor cuando se sabe que Mac Ready estuvo casado, en tiempos, con la hermana de Anver. Mac Ready era ya viudo y cuando Morbry le encargó la construcción de la caja, sospechó que no era para guardar

precisamente unos cuantos paquetes de caramelos. Después sobrevino la quiebra de la SK y entre él y Anver adivinaron el destino de la caja.

—Y te buscaron a ti —dijo Nellie.

—Sí, pero fue porque ya había pasado bastante tiempo y estaban despistados. No les quedó otro remedio que buscar un cuarto socio.

—Tú... lo que significa que Mac Ready entraba también en el juego —supuso Nellie.

—Exactamente, preciosa.

—Pero en tal caso, no les hacían falta las siete llaves, porque Mac Ready podía reproducirlas fácilmente. Es más, seguro que ya tenía los duplicados.

—Cierto, pero estaban en poder de Anver. Por eso, Glenda se sintió tan furiosa cuando Beth le dijo que las llaves habían ido a parar al fondo del largo. Anver no se las quiso dejar jamás, ¿comprendes?

—Hay otra cosa que falta por saber —intervino Salas—. ¿Cómo se va a recobrar el dinero, si está a doscientos metros de profundidad?

—Cuando ya no interesa guardar el secreto, los doscientos metros de profundidad no son problema para unos técnicos especializados en salvamentos a gran profundidad, pagados, naturalmente, por los propios afectados en la quiebra. De este modo, no perderán más que una cantidad relativamente pequeña de las sumas invertidas en la SK, aunque, eso sí, tardarán bastante en recuperar ese dinero. No olvidemos que gran parte del botín está invertido en piedras preciosas. En fin, eso es cuenta de los expertos en rescates subacuáticos y de los abogados que nombren los perjudicados.

Nellie cerró los ojos un momento.

—Me estremezco al pensar en la muerte de Beth —dijo—. Claro que fue un justo castigo por sus crímenes, una especie de justicia, poética... pero sentirse arrastrada por el lastre de la caja...

—Su agonía debió de ser muy breve —calculó Stacey—. La presión del agua, a doscientos metros, es de veinte atmósferas. Probablemente, había perdido ya el sentido cuando llegó al fondo.

—Por cierto, Nellie no nos ha dicho todavía cómo supo el otro nombre de Morbry —exclamó Salas.

—Bueno, es preciso mencionar la diosa casualidad. Me encontré con una antigua compañera de trabajo, actualmente casada con un sargento de la policía. Ella, naturalmente, conoce el caso de la SK y, por su marido, sabe que Morbry ya estuvo condenado hace bastantes años, bajo el nombre de Curwood. Estafa, naturalmente —explicó Nellie.

—Una aclaración muy convincente —admitió Stacey.

—Ah; ¿qué ha sido de Anver y su «socia»? —preguntó Salas.

Stacey sonrió.

—Habían invertido un buen pico en conseguir el botín —dijo—. Se han perdonado mutuamente y... En realidad, no son sino una pareja de estafadores, muy ambiciosos, eso sí, que ahora, lamiéndose las heridas de su última derrota, han levantado el vuelo en busca de nuevos horizontes... y de otros tontos, por supuesto.

Salas se dirigió hacia la puerta.

—Eso de levantar el vuelo, ¿es una indirecta? —preguntó maliciosamente.

Nellie se puso colorada al quedarse a solas con el joven.

—Lino cree que tú y yo... —dijo, turbada.

—Lino cree bien —sonrió él—. Sin palabras, ha hecho una predicción y no es hombre que se equivoque en sus vaticinios.

Hizo un gesto con la mano.

—Nellie, siéntate aquí —llamó.

La chica avanzó hacia Stacey y vaciló un instante.

—¿En tus rodillas? —consultó.

—Será la primera vez, pero, por supuesto, lo harás muchas más. Cuando te hayas convertido en la señora Stacey —aseguró él.

—Siendo así, no hay objeción —contestó Nellie.

Y se sentó muy a gusto en el lugar indicado y abrazó y besó a Stacey con no menos placer.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España